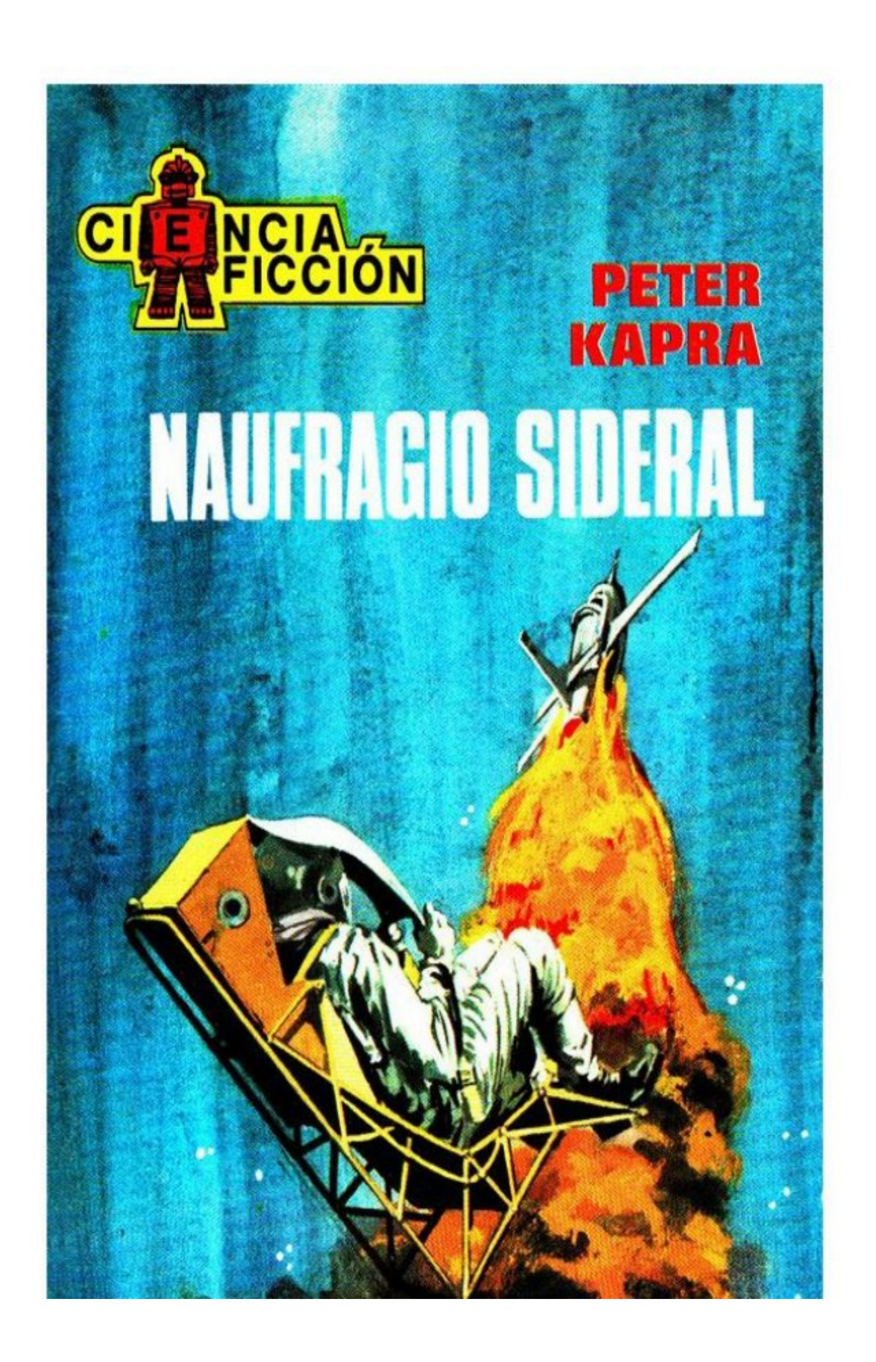

CIENCIA FICCIÓN
PETER KAPRA
NAUFRAGIO SIDERAL

PETER KAPRA

Naufragio sideral

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA BUENOS AIRES

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 –
BARCELONA

Dedicatoria:

A mi actor predilecto, Marco Ribalta, amigo sincero y devoto, con afecto

El Autor

CAPÍTULO PRIMERO

Un amplísimo despacho sin mobiliario y dos hombres altos, frente a frente. El parecido de ambos era extraordinario, aunque no vestían igual.

Eran hermanos.

El dignatario, Secretario General del Departamento de Asuntos Interplanetarios del Gobierno Federado Mundial, era Giano Zamp, y vestía la casaca verde brillante, con hombreras metálicas, de los altos jefes de la Administración.

El otro era el coronel Luis Zamp, hermano del secretario general.

—Nuestras instalaciones detectoras de la barrera orbital «Plutón-18» fueron atacadas y destruidas por naves extraplanetarias. Dos mil hombres han sido aniquilados y todos los equipos desintegrados.

—Eso es grave, Giano —dijo el coronel Zamp en tono preocupado.

Este personaje era exactamente igual de alto que

su hermano. Tenía una constitución anatómica muy desarrollada, rostro anguloso y enérgico, mentón partido, nariz recta, bien modelada, ojos grises y labios algo gruesos y bien dibujados.

Luis Zamp tenía veintinueve años y pertenecía al Ejército desde los catorce. Por ello, vestía el uniforme de las fuerzas armadas. Sobre el pecho llevaba una estrella dorada de ocho puntas, bajo el distintivo del cohete envuelto por el rayo, símbolo de las Fuerzas Espaciales de la Tierra.

—Muy grave, Luis —replicó el político—. Por eso se ha reunido el Consejo de Seguridad y ha acordado enviar a alguien al lugar de donde se supone que han partido las naves atacantes.

—¿Aarkon? —preguntó el coronel Zamp.

—Exactamente, Luis. Desde que el año 1997 la tripulación del «K-K» descubrió ese planeta y esa raza afeminada, pero civilizada, el departamento para el que ahora trabajo ha venido estudiando todos los datos obtenidos por observación y temiendo siempre algo de lo que ahora ha ocurrido.

»Mi antecesor, Colleg, ordenó la captura de una nave de exploración aarkona, cosa que se consiguió en las proximidades de Júpiter, hace tres años, como recordarás.

Luis Zamp asintió con la mayor gravedad, mirando fijamente a su hermano.

—Eso ha debido provocar el enojo de Ankon I, soberano de Aarkon, el único responsable del ataque a la barrera orbital.

—¡Jamás había oído hablar de Ankon I!

—Es un secreto oficial. Todo lo que hemos averiguado sobre Aarkon está en mi archivo secreto. Necesito un hombre de toda mi confianza para ir a Aarkon como embajador de la Tierra. La misión es delicada y peligrosa, porque Ankon I, según nos han informado los cautivos, tiene un genio terrible.

—¿Cómo son?

—Los aarkones son muy parecidos a nosotros físicamente, pero su constitución es autógama, de clasificación monaica, o sea una rara especie humanoide de hermafroditas con las características del varón y la hembra en una sola persona.

—¡Vaya, Giano; lo teníais muy en secreto!

—Ésos son los informes que nos ha remitido el Centro de Estudios Biogenéticos del Departamento de Antropología. No se trata, pues, de un caso desconocido en la Naturaleza, porque nuestro mundo animal nos muestra numerosos casos idénticos.

«Hemos estudiado durante varios años a esos seres, hemos aprendido su lengua, conocemos cómo viven y muchos de sus progresos y sabemos que poseen una civilización avanzada. Por esa razón, antes de lanzarnos a un ataque de represalias, el Consejo quiere establecer contactos previos y buscar una fórmula de coexistencia interplanetaria.

—Comprendo —observó Luis Zampa—. Yo debo ir a ese mundo y tratar de convencer a los aarkones para que no nos guarden rencor por haberles capturado una nave.

—Exactamente, pero el rencor lo han demostrado ya, al habernos secuestrado ellos varias unidades científicas y militares, así como destruido nuestra barrera orbital.

«Vamos a reconstruirla rápidamente, reforzándola con unidades de vigilancia. Pero antes de ir a la guerra contra ellos, queremos que alguien intente convencerles de nuestras buenas intenciones.

—¿Por qué no has elegido a uno de esos sabios del Departamento de Antropología que los han estado estudiando todos estos años? Yo ni siquiera conozco su lenguaje.

—En primer lugar, porque el asunto es muy delicado y necesito alguien de absoluta confianza, Luis. ¿Y quién mejor que mi propio hermano? Por otra parte, no irás solo, sino acompañado por un aarkon, que ha aprendido nuestra lengua, y por un científico, que ha aprendido la lengua de ellos.

»Sólo necesito saber si aceptas la embajada, para presentarte a los que te acompañarán en el viaje y explicarte los pormenores y deseos del Consejo de Seguridad.

—Sabes perfectamente que no puedo negarme, Giano.

—Sí. Puedes negarte. Hemos considerado la gran peligrosidad que suponen el viaje y la misión, y no podemos enviar a nadie contra su voluntad. Pero queremos que vaya alguien.

—Iré —dijo Luis—. Tú sabías que aceptaría.

El secretario general sonrió.

—Sí, Luis. Lo sabía. Y nadie mejor que tú para prestarnos este importante servicio. Ahora, ven y te presentaré a la doctora Alicia Dowan y a Ekrama. Están esperando en una cámara de protección magnética, completamente aisladas del mundo.

»De la importancia de la misión se deduce el rigor secreto con que actuamos en todo este asunto para que no llegue a oídos de los informadores. Sabemos que en Aarkon captan nuestras emisiones de radio.

—¿Conocen también nuestra lengua?

—Sí. Saben más de nosotros que nosotros de ellos. Hace siglos que nos han estado visitando en secreto. Sus naves eran, hace veinticinco años, «objetos voladores no identificados». Ven, Luis. Te presentaré a las personas que irán contigo a Aakon.

* * *

Nada más ver a la doctora Alicia Dowan, Luis Zamp comprendió que la misión podría ser muy peligrosa, pero también sería altamente interesante porque, haciendo honor a la verdad, jamás había visto a una mujer de belleza más extraordinaria.

Alicia Dowan era delgada, de facciones exóticas, con ligeros rasgos orientales, ojos almendrados, grandes y oblicuos, labios rojos como el coral y dentadura cuya perfección sólo podía ser artificial, aunque no lo era. La gracia de sus movimientos completaba su encanto.

Se levantó del asiento donde había permanecido con las piernas cruzadas, mientras tomaba notas en un bloc de acetato, y sonrió a los dos hombres, a cuyo encuentro acudió.

Luis apenas se fijó en la otra persona que estaba en la cámara. Pero después de examinarla con cierta inquietud y nerviosismo, porque Ekrama era un ser al que había que estudiar con ausencia total de prejuicios morales.

—Doctora Dowan, mi hermano, el coronel Zamp —presentó el secretario general.

—Mucho… Muchísimo gusto —rectificó Luis.

«Ellel» clavó sus ojos en Luis y leyó sus pensamientos más íntimos. Esto le hizo sonreír y sus labios se entreabrieron ligeramente. Aquellos dos hombres eran dos magníficos ejemplares masculinos de la raza humana. Y «Ellel» no había tenido ocasión de conocer a muchos. Sólo mujeres de constitución débil o viejos sabios, de manos trémulas y cerebro agobiado por las fórmulas.

En Giano, «Ellel» veía al inteligente estadista, al hombre frío y calculador, seguro de sí mismo.

Y en Luis vio al luchador audaz, resuelto y temerario, inconsciente ante el peligro, capaz de las mayores empresas y de saber morir con una sonrisa despreciativa en los labios.

En Aarkon no había seres como Luis Zamp, aunque sí muchos como su hermano Giano o como la doctora Alicia Dowan. «Ellel» se tomó extraordinario interés por Luis Zamp y se dijo: «Hasta podría ena-

morarme de él. Pero ¿qué ocurriría?»

«Ellel» era Ekrama, un individuo hermafrodita de Aarkon.

En cambio, Luis, al mirar a Ekrama, que estaba sentada en el asiento circular, muy tranquila, como si nada fuese con ella, creyó ver a una mujer joven y exuberante, de rasgos un tanto masculinos, pero de figura esbelta, bien proporcionada, piel satinada y ligeramente tostada, cabellos oscuros y recortados en forma de casco, ojos grandes, de un matiz entre verde y amarillo, nariz ligeramente roma, pómulos acusados y barbilla redondeada y graciosa.

—«Ellel» se llama Ekrama —dijo la doctora Dowan, señalando a su acompañante, quien se puso en pie y sonrió, inclinando al mismo tiempo la cabeza.

—¿«Ellel»? —se sorprendió Luis.

—Sí, es una figura de dicción que he ideado para expresar «ella» y «él» a un tiempo. —Alicia Dowan sonrió a Luis y añadió—: Ekrama puede sentir la misma atracción sexual hacia usted que hacia mí.

Luis Zamp se sintió incómodo al oír aquello y su hermano sonrió.

—Ha expresado usted la cuestión de una manera perfecta, doctora Dowan. Sin embargo, el coronel

Zamp no ha sido elegido para experimentar su biogénesis, sino para representar a nuestro gobierno en Aarkon. Por tanto, es una razón de estado y no un problema científico lo que tratamos aquí.

—Le ruego que me disculpe, señor secretario general— dijo Alicia Dowan secamente.

Para ella, la ciencia tenía más valor que todo lo demás.

—¿Hablas nuestra lengua? —preguntó Luis a Ekrama.

—Sí. Me la han enseñado.

—¿Cómo debo tratarte? ¿Como hombre o como mujer?

Ekrama sonrió divertida.

—Trátame como quieras, coronel Zamp. Yo te veo a ti como hombre y a la doctora como mujer. Vosotros sois sexualmente inferiores a nosotros, puesto que son precisos dos sexos distintos para reproduciros. Yo, en cambio, me basto y me sobro para gestar mi propio hijo.

Luis Zamp no estaba dispuesto a sorprenderse de nada.

—Es una cualidad altamente estimable. ¿Has tenido ya muchos «autohijos»?

—Ninguno. La ley no nos permite tener más que uno, pero aún no tengo la edad.

—¿Eres muy joven?

—Sí. En años solares, como los vuestros, tengo doce años. Nuestro tiempo, sin embargo, no se mide por latidos de corazón, ni por relojes electrónicos.

—En Aarkon carecen de tiempo matemático —explicó Alicia Dowan—. Se rigen por un sistema de tiempo psíquico… Cuestión mental y su concepto de tiempo es igual para todos. Parece que se transmite por hipnosis o algo semejante, igual que la mayoría de sus pensamientos. Utilizan el lenguaje como no-

sotros, pero sólo para ayudarse en el lenguaje telemental.

—¿Son superiores a nosotros? —preguntó Luis.

— En sentido étnico, puede que sí —admitió Giano Zamp, poco diplomáticamente—. Pero no en el político. En Aarkon se han regido siempre por el viejo sistema monárquico. El rey Ankon I es el actual monarca, al que acompaña siempre su hijo Ankon II. La corona se transmite de padres a hijos desde hace millones de años y su civilización ha progresado muy despacio, por ello, no siendo mucho más avanzados que nosotros en algunas cosas.

»Se diría —continuó diciendo el secretario general— que viven en nuestra época de las dinastías egipcias, pero con adelantos científicos actuales, más o menos avanzados.

«—Con un solo pensamiento podría destruiros a todos vosotros —se dijo "Ellel"—, pero nuestra misión no es matar. Sólo vosotros sois capaces de matar por locura o por temor. Sois muy altivos y engreídos por incultos e imperfectos.»

Como si hubiese podido leer los pensamientos de Ekrama, Luis Zamp dedicó toda su atención al curioso ser bisexual que tenía frente a sí. Desde luego, como hembra, Ekrama habría complacido a muchos varones terrestres. No podía ser considerado, desde luego, como una hembra. Pero tampoco era un varón.

Ekrama vestía una bonita capa de tela muy tenue y color rosado, sujeta al hombro derecho por un bro-

che con una piedra carmesí. Bajo la capa llevaba un atuendo extraño y plateado, una especie de traje hindú antiguo, con pantalones ajustados. Y sus pies estaban enfundados en botas terrestres, transparentes.

—Háblame de Aarkon, Ekrama —pidió Luis.

—Nuestro mundo es como el vuestro. Vivimos en ciudades antiquísimas, en edificios cuyos techos sostienen columnas sólidas y altas de piedra. He visto ruinas en vuestras películas muy parecidas a esas construcciones

«Nuestra arquitectura no se ha modificado. Nuestro mundo no crece ni disminuye. Somos siempre el mismo número de moradores… Unos mil millones. Antiguamente éramos menos. Ahora nos mantenemos en una población racional controlada y producimos alimentación para todos. Si crecemos demasiado, podríamos encontrarnos sin alimentos.

»En realidad, los aarkones somos seres muy racionales, sumisos y pacíficos, que vivimos intentando desarrollar nuestra inteligencia, única razón de la vida.

«Nos gobierna el soberano Ankon I, que posee su palacio de Cristal Rosado en Apkuman, la capital de Aarkon, rodeado de otros antiguos palacios ocupados por la nobleza.

»En los llanos, lejos de Apkuman, siguiendo las rutas milenarias, se encuentran las otras ciudades. Yo soy de Kiolko. Allí me dio vida mi progenitor, quien me enseñó los primeros pasos y todas las enseñanzas que él había recibido de su padre. Ésa es

nuestra ley de continuidad.

—Es una ley bastante natural.

—Sí, ley natural y sabia, pues, obedeciéndola en todo, nos libramos de muchos males que los espíritus malignos han puesto a nuestro alrededor. El mal y el bien se halla en nuestras propias mentes.

«Tenemos también una ciencia, como vosotros, y seres dedicados a su estudio. Creamos una industria de consumo y otra de producción, que colabora estrechamente. Se produce lo que necesitamos para subsistir, que se nos da por derecho de vida.

»Si deseamos otras cosas, hemos de hacérnoslo nosotros mismos.

»Pero, lo más impórtame, es el deber de servir y acatar al soberano, al que es preciso visitar y postrarse a sus pies. De nuestro aspecto y presencia depende nuestro futuro, pues el soberano nos indica lo que debemos hacer en Aarkon y cómo debemos servirle.

—¿Pasan ante él todos los habitantes de Aarkon? —se sorprendió Luis.

—Sí, todos. Hay veces que recibe hasta tres mil jóvenes, a los que examina de uno en uno. Su mente es muy fuerte. Él indica a sus nobles señores lo que se debe hacer con cada uno de nosotros. El soberano es nuestro verdadero padre.

—¿Tenéis ejército?

—Sí. Muy perfecto. Yo pertenecía al ejército —explicó Ekrama—. Era oficial de navegación espacial, como lo había sido mi padre. Yo mandaba la nave

sideral que exploraba lo que vosotros llamáis Júpiter, cuando fuimos capturados por vosotros, hace tres años. Se nos sorprendió con fuertes descargas de neutrones paralizantes. ¿No es así, doctora Dowan?

—Sí, «Ellel», así fue —respondió Alicia Dowan.

—Nos capturaron y nos trajeron aquí. Pero en Ankon I se habrán enterado de lo ocurrido. Tenemos muchas noticias sobre vosotros. Anteriormente, otras naves de nuestro ejército, os habían estado visitando subrepticiamente, para tomar fotografías de vuestras ciudades y observar vuestras costumbres.

»Ahora os ha tocado a vosotros estudiarnos a nosotros. En realidad, somos razas bastante semejantes, aunque nuestro metabolismo no sea exactamente igual. No deberíamos hostigarnos, y nosotros no lo hicimos jamás. Habéis sido los terrestres quienes primero atacaron una de nuestras naves y nos capturaron. No os extrañe que, como represalia, nuestro ejército haya destruido la barrera orbital defensiva, y pronto se inicien ataques masivos sobre vuestras colonias interplanetarias y sobre vuestro propio planeta madre.

—Eso es lo que nos proponemos evitar, Ekrama —dijo el Secretario General, con un gesto—. Y para ello vamos a enviar a mi hermano Luis a tu mundo, a fin que negocie un pacto con Ankon I.

—Sé que, en algún lugar de Aarkon, hay cuevas subterráneas, bajo la oscuridad, donde viven terrestres que no pueden ver. Allí no tienen luz. No han sido secuestrados aquí, en la Tierra. Se los han en-

contrado vagando por el espacio. La tripulación de una nave comercial fue recogida y trasladada a Aarkon. Eran terrestres. Ellos nos enseñaron mucho de vosotros.

»Pero el soberano ordenó encerrarlos en el subsuelo. Dice que sois seres inferiores y ni siquiera os quiere como esclavos para sus plantaciones o fábricas.

»Por esto creo que la embajada no servirá para nada. Irás a aumentar el número de los cautivos. No te escuchará siquiera.

—Pero tú debes hablar a tu soberano de nuestras intenciones, Ekrama —apuntó la doctora Alicia.

—Sí, doctora. Lo haré. Le diré que queréis paz y coexistencia. Sabrá que nos habéis tratado bien y que me habéis enseñado vuestra lengua. Sabrá que, por servir al coronel Zamp de guía, seré puesto en libertad. Todo eso haré, pero no podré evitar que, después de haber hablado con vosotros, sus nobles os lleven a la región de los Espíritus Malignos, donde no volveréis a ver la luz.

—Parece que las perspectivas no son muy alentadoras —comentó Luis, volviéndose hacia su hermano.

Muy seriamente, éste dijo:

—Todavía estás a tiempo de renunciar al viaje, Luis.

—No. Sabes que no renunciaría, aunque tuviese la certeza de mi muerte. ¿Cuándo hemos de partir?

—Dentro de unos días. Iréis en una nave de tras-

lación sideral hiperlumínica, una «Z-B-Y-15», con veinte tripulantes. El viaje será de tres meses y medio.

—Sí… En caso que nos dejen llegar —dijo Luis, mirando a la doctora Dowan—. ¿Tiene miedo a no volver, señorita Dowan?

—No. Conmigo va todo lo que tengo en este mundo, que es la ciencia. Y, como usted, no renunciaría al viaje aun sabiendo que iba a encontrar la muerte.

CAPÍTULO II

La astronave «Zeus», cuyo prototipo experimentado recientemente había saltado la mítica barrera de la luz, cosa que jamás se había considerado posible, despegó a la hora exacta señalada —07,30 de la mañana— del espaciopuerto submarino de Isla Logan, en el centro mismo del golfo de Méjico.

Dos kilómetros en inmersión y luego el salto a la estratosfera, a una velocidad de despegue de veinte mil millas por hora, con un consumo mínimo de energía atómica. Luego, una vez en órbita extraplanetaria, la nave se desplazó por los llamados túne1es del «tiempo inversor», lo que significaba una velocidad adicional de treinta y dos millas por segundo, más ciento veinte millas de atracción galáctica más doscientas ochenta millas de expansión externa —todas éstas eran fuerzas de empuje adicionales— y las trescientas mil millas de la velocidad lumínica real de crucero.

En realidad, ya en el hiperespacio, la «Z-B-Y-15» desarrollaba una velocidad total de más del doble de la velocidad de la luz. Por esta razón, el tipo de órbitas para viajar en el hiperespacio se denominaba de «tiempo inversor», dado que se suponía que,

viajando en el espacio más aprisa que la velocidad de la luz, podrían ir y venir a la Tierra, ¡y regresar antes de haber partido!, lo que, desde luego, no era cierto en absoluto.

Gracias a esto, un científico norteamericano, discípulo de Hoyle, demostró en la Universidad de Harward que el tiempo no existía, ni había existido nunca. El tiempo, durante miles de años, fue el mayor fraude que la Humanidad se hizo a sí misma.

Ahora, para vivir sin la ayuda de cronómetros, la Humanidad habría de necesitar otros cientos de siglos de historia.

Pero en la astronave «Zeus» el tiempo se seguía computando. Y, pese a la enorme velocidad de crucero sideral, el objeto parecía estar inmóvil en negro vacío del cosmos infinito.

En la cámara de mando, el coronel Luis Zamp, en uniforme de vuelo, plateado, cinturón rojo de jefe y casco de vacío sin ajustar, pero obligatorio en toda la tripulación, estaba recibiendo el informe de un navegante.

—Hemos adelantado a un cuerpo sólido celeste que lleva nuestra misma órbita, señor —decía el navegante, mostrando un mapa metálico que llevaba en la mano izquierda—. Su velocidad orbital es de cuatrocientas ochenta y dos mil millas.

—Por favor, Heinz. Sabes que confío en ti. ¿Por qué me mortificas con números y datos?

El oficial de navegación sonrió.

—Da gusto navegar con usted, coronel. Cada uno

asume su propia responsabilidad —declaró.

—Exacto, Heinz. Yo soy el comandante; tú eres el navegante. Raff, el jefe de comunicaciones, y Maxim, el oficial de máquinas. Cada uno ostenta el mando en su departamento y delega en sus hombres de confianza. Es el modo de hacer las cosas bien y de llegar a todas partes.

»Yo puedo ocupar el puesto de cualquiera de vosotros, cuando lo crea necesario. Pero mientras todo marche bien, ¿para qué?

Heinz Sinner había navegado varias veces a las órdenes del coronel Zamp y no quería cambiar de jefe por nada del mundo. Adoraba a Zamp. Le creía un ser superior, un privilegiado de los dioses, si los había. E igual que él, pensaban de Zamp los veinte tripulantes y los seis pasajeros de la «Zeus», aunque estos últimos no tenían motivos para conocerle bien.

Alicia Dowan tenía fe en el coronel, porque le gustaba el hombre.

Ekrama, oficial también de navegación en su mundo, había leído la mente de Zamp y sabía que la astronave terrestre estaba bien gobernada. Los otros cuatro pasajeros, miembros de la Secretaría General del Departamento de Asuntos Interplanetarios, confiaban en el hermano de su jefe.

Eran técnicos administrativos simplemente y su misión, la de asesores diplomáticos. Ellos debían aconsejar a Luis en sus acuerdos con Ankon I, si es que se llegaba a concertar alguno. En realidad, el único representante oficial del Gobierno Mundial era

el coronel Luis Zamp.

Y hasta después de haber despegado del espacióromo submarino del golfo de Méjico, ninguno de los tripulantes supo quién era la pasajera o el pasajero de la cabina número 6. Nadie sabía cuál era su misión.

Sin embargo, cuando la astronave estuvo situada en órbita definitiva, Luis Zamp reunió a todos los tripulantes y pasajeros en la cámara de control y allí les informó de todo.

—Señores jefes, oficiales y subalternos… Señores diplomáticos, técnicos y científicos… Amigos míos —empezó diciendo Luis, mientras sus ojos se deslizaban sobre los reunidos en torno a él. A su derecha estaba la doctora Dowan, muy bonita con su traje espacial, y a su izquierda, la «misteriosa» Ekrama—, ha llegado el momento de decirles a todos cuál es el destino de la «Zeus».

«Vamos a un mundo lejano, situado en el sistema de Próxima Centauri, habitado por seres semejantes a nosotros y con los que ya hemos mantenido contacto anteriormente. No son amigos ni enemigos nuestros. Ese mundo se llama Aarkon, y Ekrama nació y vivió allí.

Se produjo una reacción de estupor entre los que no habían sido advertidos del objeto del viaje y que, en su mayoría, pertenecían a la tripulación, dado que los diplomáticos sabían tanto como Zamp y Alicia Dowan.

—Este individuo, que no podemos clasificar ni

como hombre ni como mujer, sino una mezcla de ambos sexos, fue capturado en una nave aarkona hace tres años. Trasladado a la Tierra, le enseñaron nuestra lengua; por su parte la doctora Dowan aprendió la de ellos.

«Estos seres saben muchas cosas de nosotros. Nos han estado observando durante años. Al fin, los descubrimos y fue capturada una de sus naves a fin de investigarlos. Pero el rey de los aarkones se molestó por ello, y ha atacado nuestra barrera orbital, dejándonos prácticamente indefensos ante cualquier eventual ataque procedente del espacio exterior. La barrera se está reconstruyendo. Nosotros podríamos enviar algunas miles de naves contra Aarkon y declarar la guerra. Pero el Consejo de Seguridad prefiere apurar los medios diplomáticos antes de entablar una lucha cuyas consecuencias no podemos calcular.

»Ése es el motivo por el cual vamos a Aarkon. Debemos intentar un entendimiento cordial.

—¿Y si nos atacan y nos destruyen antes de saber a qué vamos? —preguntó el comandante Raff Brom, jefe de comunicaciones interestelares, sorprendido por aquellas declaraciones de Zamp.

—Amigo mío, no quiero ocultar a nadie el peligro de esta misión. Yo también sé las escasas posibilidades que tenemos de regresar. Pero confío en Dios, en mí y en vosotros. También tengo fe en Ekrama. Pero si no volviésemos, los aarkones que han quedado en la Tierra serían aniquilados, y la guerra estallaría entre nuestras razas con toda su secuela de terribles

consecuencias.

* * *

Alicia Dowan y Ekrama se encontraban solas en la cabina de la primera. El tema de conversación versaba sobre biogenética, ciencia en la que la doctora Dowan era especialista.

—Vuestros sabios habrán llegado a la misma conclusión que nosotros, «Ellel» —dijo Alicia—. Biológicamente sois igual que nosotros, excepto en ese aspecto evolucionado de vuestra octogenia.

—Yo no soy un científico, doctora Dowan —replicó Ekrama—. No puedo ayudarte en nada. Sé que siempre hemos sido así. Nuestro centro motor reside en el centro nervioso del cerebro, del que sabemos muy poco, aunque sí lo hemos cultivado y desarrollado más que vosotros.

—¿Pertenecéis a una raza más antigua que la terrestre?

—Es indudable. Lo hemos hablado muchas veces, aunque no podemos establecer tiempo de semejanza o de comparación. Nosotros quedamos tan sorprendidos como vosotros al descubrir una raza semejante en casi todo a la nuestra. —Ekrama extendió sus manos—. Incluso en las uñas de los dedos somos semejantes.

—Sería interesante establecer quién evolucionó primero. No estoy segura de que vuestro hermafrodi-

tismo sea una mutación evolucionada de nuestro bisexualismo —dijo Alicia Dowan.

—Para mí, no hay duda. Vosotros sois como una deformación de nosotros.

—¡O un perfeccionamiento, lo que demostraría que sois menos evolucionados que nosotros! Huxley dijo, hace años, que la materia viviente procede de material viviente preexistente, o sea *omne vivum* ex vivo.

—Eso puede ser cierto. Vosotros procedéis de nosotros y, con el tiempo, adquiriréis nuestra biogénesis híbrida.

—Seguimos dentro del círculo vicioso, «Ellel» —replicó Alicia—. Y no llegaremos a ninguna parte. Nuestra historia nos indica que la raza humana ha perdido muchos siglos inútiles en la oscuridad natural de su prehistoria. Luego, hemos sufrido enormes retrocesos, porque la civilización griega pudo continuar y las máquinas habrían sido construidas en siglos anteriores a la Era Cristiana.

—Cuando vosotros estabais inmersos en esas contiendas fratricidas, nosotros ya habíamos descubierto los secretos del átomo, ya nos habíamos adaptado a lo que somos actualmente, relegando al pasado el oscuro origen bisexual que todavía os preocupa. Vosotros necesitáis dos seres para reproduciros. En cambio, uno cualquiera de nosotros puede engendrar por sí mismo y perpetuarse. ¿No es esto más evolutivo, más avanzado?

—Es muy discutible. Primero, ¿por qué tenéis sólo

un descendiente?

—Porque más lo prohíbe la ley.

—Pero ¿podríais tener más de un descendiente?

—Nadie lo ha intentado. Es ilegal.

—Y si lo intentáis y no sois capaces, ¿no demostrará eso que vuestra raza es estacionaria?

—No. ¿Por qué? En primer lugar, podemos, si la ley nos lo permitiera, tener todos los descendientes que quisiéramos, lo cual ocasionaría un grave trastorno en nuestra organización alimentaria, porque sería preciso también aumentar la producción de alimentos. Al final, habríamos de matarnos entre nosotros, como habéis hecho vosotros, para poder sobrevivir los más fuertes, por esa ley vuestra de selección que nosotros no necesitamos.

»Estoy segura de que, si lo deseo, antes de llegar a Aarkon, puedo tener un hijo.

Alicia sonrió.

—¿Cómo tiene lugar ese hecho?

—No lo sé. Sólo formulo el pensamiento y la máquina reproductora se pone en funcionamiento.

—Físicamente —dijo Alicia -—, según he podido apreciar, eres como un hombre y una mujer a la vez. Eso me ha sorprendido extraordinariamente, porque entre nosotros se han dado muchos casos de anomalías sexuales y los hermafroditas humanos no nos son desconocidos. Pero, incuestionablemente, ninguno es autógamo.

—Nosotros, sí, porque somos más perfectos. ¿Y qué habéis hecho en esos casos?

—La cirugía ha intervenido siempre terminando la obra inconclusa de la naturaleza.

—¿Dando un sexo u otro a ese ser bisexual?

—Sí. En todos los casos aparecen otros indicios externos que se tienen en cuenta al extirpar uno de los órganos. Los médicos estudian esos casos y jamás a una mujer, con condición y educación femenina, se le impone, mediante la cirugía, el sexo opuesto, dado que estas anomalías se descubren después de la infancia. Nuestros niños carecen de sexo.

—Estáis en embrión. Eso es incuestionable, doctora Alicia Dowan. Y, por esa razón, nosotros no os podemos aceptar como semejantes. Los aarkones somos semejantes. Pero vosotros sois seres inferiores.

—No debes confundir la ciencia con la política —repuso Alicia—. En la Tierra se ha explotado mucho eso de los seres inferiores y terminó por olvidarse… ¡cuando ya había costado ríos de sangre! No cometáis la equivocación de creer que somos más débiles, cuando la verdad os puede resultar dañina.

«—Ella no ha sido capaz jamás de leer mis pensamientos como yo estoy leyendo los suyos —pensó "Ellel"—. Eso me demuestra claramente que soy superior. E incluso puedo destruirlos con mi mente. Pero no debo hacerlo y menos darles a entender que poseemos esa fuerza mental. De momento, sorprenderíamos a unos cuantos. Pero son sagaces y saben hallar siempre el medio de defensa. Para dominar a esta raza altiva es preciso dejarse llevar, engañar y sorprender luego. Mientras, charlaremos… ¡Ah, ahí viene el apuesto, audaz y valiente coronel

Zamp! ¡Y viene a visitarnos!

Efectivamente, la voz de Luis Zamp llegó a través del interfono de la puerta:

—¿Puedo entrar, doctora Dowan? —solicitó.

Instintivamente, Alicia es llevó la mano al cabello, que era corto y del color del oro viejo, lo que hizo decir a Ekrama:

—Os dejaré solos.

—Sí; pase usted, coronel.

La doctora se apresuró a pulsar el botón de apertura de la puerta electrónica, y Luis Zamp entró, sonriente.

Ekrama quiso salir, pero el visitante la retuvo.

—Quédate, «Ellel», también quiero hablar contigo.

—Por favor, coronel Zamp, siéntese —rogó Alicia, ofreciendo al jefe de la nave un asiento reclinable—. Tomará un refresco con nosotras, ¿verdad?

—Gracias. Precisamente he venido para invitarlas a comer.

—¿Por qué insiste usted en tratarme siempre como a una de las mujeres de la Tierra? —preguntó Ekrama, mirando con fijeza a Zamp.

—Disculpa, «Ellel». Te veo más como mujer que como hombre.

—El coronel Zamp todavía no está habituado a tratar con vosotras —dijo Alicia—. En el Centro de Investigaciones tuve que tratar con numerosos aarkones y los considero neutros. De todas formas,

entre ellos y nosotros no existe ninguna clase de atracción sensitiva. Podemos respetarnos mutuamente.

—Quiero que me hables más acerca de Aarkon, «Ellel» —pidió Luis, tomando el vaso que le ofrecía Alicia.

—¿Qué quiere saber?

—Algo que me preocupa. ¿Cómo nos recibirán?

—No lo sé. Posiblemente, nos descubrirán los detectores y seremos interceptados por las naves de vigilancia espacial.

—¿No intentarán destruirnos sin previo aviso?

—No se ha hecho nunca. Una vez vi llegar una de vuestras naves comerciales que había sido capturada.

—Las naves comerciales jamás salen del Sistema —dijo Luis.

—Aquélla debió salir, por alguna razón, y fue capturada por nosotros. Tal vez tuvieran algún problema y se alejaron demasiado de su ruta. O bien es posible que nuestras naves recibieran orden de realizar una misión de interceptación.

»Yo estaba entonces en la base de adiestramiento de Kiolko. Los vi llegar. Eran hombres y mujeres y parecían muy asustados. Los llevaron a las galerías subterráneas, para ser conducidos a Apkuman, y ya no volvimos a verles. Supe después que no se mata a los prisioneros, pero se les encierra en galerías sin luz.

—Habré de pedir a tu soberano que deje en libertad a los cautivos.

—No confíe usted mucho en Ankon I —expresó Ekrama—. Sus antojos y caprichos son conocidos en todo Aarkon.

—¿Es viejo o joven?

—En Aarkon no hay individuos muy viejos. Allí no se sabe si uno es viejo o joven. Sólo se sabe cuando nace y se le ve crecer. Luego, todos somos iguales.

—¿Y los ancianos?

—Se pasan la vida tendidos al sol, en las escalinatas de los templos ociosamente, hablando o meditando. Cuando mueren, se les lleva a los incineradores. En otras épocas se quemaban sus cuerpos en piras funerarias, pero esta costumbre ha desaparecido. Sé que las cenizas de los incineradores se utilizan en los laboratorios de física orgánica.

—¿Cómo estáis organizados políticamente?

—En Aarkon gobierna el soberano Ankon I, quien nombra sus representantes en las demás poblaciones. Cada gobernador se llama «Awwa». Por ejemplo, el «Awwa» de Kiolto se llama Ceeo y en otro tiempo fue amigo de Ankon.

—Creí que en Aarkon no teníais tiempo.

—No. El tiempo no existe y lo sabemos. Sin embargo, todo nace y todo muere. Ese ciclo, que nosotros llamamos época, nada tiene que ver con el tiempo. Hay épocas largas y épocas cortas. El tiempo se mide en razón de recuerdo. Y los recuerdos pueden ser recientes o lejanos.

—¿Habláis con la mente?

—Sí.

—¿Y por qué no hablas mentalmente conmigo?

—Su cerebro no está capacitado para captar mis pensamientos.

—¿Puedes tú captar mis pensamientos?

Ekrama esquivó la mirada de Luis Zamp.

—A veces, sí —musitó el «aarkon».

—Hagamos la prueba. Voy a concentrarme en una idea. Trata de adivinar lo que pienso.

«—Lo estoy adivinando todo, coronel —pensó "Ellel"—. Trata de saber si su mente está protegida de mí. Quiere averiguar cuál es mi poder y no puede saberlo…»

—¿En qué estoy pensando?

—¿Lo digo? —preguntó Ekrama.

—¿Lo sabes?

—Sí. Está preocupado por la doctora Dowan.

Luis Zamp no aparentó sorpresa. Se limitó a sonreír y contestó:

—Sí, pensaba en la doctora Dowan.

—No quisiera usted exponerla a peligro alguno.

—Exactamente —dijo Zamp—. No me sorprende. Hay seres humanos capaces de leer el pensamiento. Sé que la humanidad acabará dominando perfectamente la telepatía. Todo estriba en el autodominio psíquico. Sin embargo, te agradezco que no hayas dicho toda la verdad.

«Ellel» sonrió con una gracia verdaderamente femenina.

—A la doctora Dowan no se le oculta la buena impresión que ella causó en usted. Es una mujer inteligente.

—¡«Ellel»! —exclamó Alicia Dowan—. ¡Te prohíbo…!

—No la riña, Alicia —dijo Luis—. Dice la verdad. No he visto nunca una mujer tan interesante como usted. Aunque he pasado la vida navegando en las fuerzas espaciales, las únicas mujeres que he tratado han sido esposas de compañeros.

—Me interesa particularmente conocer esas reacciones sentimentales de los humanos —dijo Ekrama —. ¿Por qué no se le declara, coronel?

Ruborizada, Alicia Dowan fue hacia la puerta.

—Dejemos esta conversación. Perdone, coronel. Debo ir a la cámara de máquinas. El comandante Dee dijo que me enseñaría los reactores de magnetismo nuclear.

—La acompañaré, Alicia —dijo Luis, poniéndose en pie— No me fío nada de Maxim… ¡Es un auténtico tenorio!

CAPÍTULO III

—Si los aarkones se unieran a nosotros, ambas razas se fundirían en una —dijo Alicia Dowan una mañana, mientras desayunaba con Luis.

—¿Por qué dices eso?

—El hermafroditismo es una aberración, una degeneración orgánica, y no el estado perfecto de la biogénesis.

—Pero… ¡eso es absurdo! —exclamó Luis—. ¡Más que absurdo, disparatado!

—No lo creas. Lo que hay atrofiado en ellos es el instinto sexual. No sienten apetencias de ninguna clase. Eso nos podría ocurrir a nosotros también si no existiera la atracción sexual. La especie retrocedería y posiblemente llegaríamos al borde de la desaparición. Pero el ser reaccionaría.

—¿Y por qué no reaccionan ellos?

—Claro que han reaccionado. En realidad, son seres compuestos de hembra y varón, como nosotros.

—¿Quieres decir que yo podría ser hembra? —

preguntó Luis Zamp, atónito.

—No, exactamente. Se trata de un proceso evolutivo que se transmite de generación en generación. Lo que he querido decir es lo siguiente. Nosotros no podemos cambiar de sexo, ¡pero los aarkones podrían ser hombre o mujer a voluntad, si se mezclasen con nosotros!

—Dicho de otro modo, Ekrama sería mujer si se enamorase de mí y hombre si se sintiera atraído hacia ti.

—Exactamente. Y lo sería en todas sus consecuencias fisiológicas, porque su organismo está todavía en estado embrionario, o sea que puede ser afectado por el deseo mental. En realidad, los aarkones son muy jóvenes, mucho más que nosotros.

Luis se quedó pensativo.

—Nuestro «Ellel» no parece una niña de doce años.

—¿Por qué te refieres a Ekrama como si fuese una muchacha?

—La veo así.

—Yo la veo como un apuesto mancebo —dijo Alicia, tal vez para zaherir a Luis.

—Y ella, ¿cómo nos ve a nosotros?

—A cada uno como somos. Yo soy una hembra terrestre y tú eres un varón.

—Siguiendo adentrándose en esa cuestión, «Ellel» puede sentirse atraído hacia mí y su deseo mental convertiría su organismo embrionario en el de una mujer. ¿No es eso?

—Exactamente, Luis.

—Pero ¿y si se inclina hacia ti? ¿Sería un hombre y no podría tener su propia descendencia autógama?

—Así es. Si su deseo mental la incita a desearme, será su ser masculino quien sobresalga y se convertirá en hombre. Lo que ignoro aún es si su fuerza viril puede influir en mí.

—Es extraordinariamente interesante —musitó Luis, tomando una galleta rellena de fresa, que comió lentamente—. De modo que Ekrama puede enamorarse tanto de ti como de mí.

—Puede, pero no lo hará. Su mente no está sujeta a pasiones.

—Eso está por ver.

—Ekrama es un ser sumamente inteligente y susceptible. Todavía no conozco todo lo que oculta su mente. Pero pronto llegaremos a Aarkon y, si no ocurre nada, tendremos ocasión de tratar con numerosos individuos como él.

»Lo que ocurra entonces entre ellos y nosotros es lo que más me interesa. Y no tendría inconveniente alguno en mantener relación con ninguno de ellos para ver si mi teoría es factible.

—¿Cuál es tu teoría? —preguntó Luis, empezando a inquietarse.

—Quiero determinar su grado de mutabilidad congénita.

—¿Y eso significa…?

—Si nuestras razas podrían mezclarse.

—¡Nada de eso! —exclamó Luis, dando un golpe

sobre la mesa metálica—. Te guardarás muy bien de realizar en tu persona semejante experiencia. Hay otras mujeres a bordo, como tú, que pueden sentirse atraídas por un apuesto aarkon. ¿Por qué has de ser tú?

—¿Y por qué no puedes ser tú? —preguntó Alicia con picardía.

Habían intimado mucho Alicia y Luis durante los dos meses que llevaban de navegación hiperespacial. Del trato cordial y deferente de los primeros días se pasó a un frecuente contacto que ahora se traducía en profunda amistad.

Alicia recordaba perfectamente la acción de él, un día, en el puente de navegación, mientras se inclinaban sobre una pantalla de televisión telescópica. Estaban examinando un enorme peñasco meteórico al que alcanzaron en su ígneo vuelo y él rozó su mano. Ella la retiró instintivamente y esto hizo reaccionar a Luis, quien se volvió, la asió de la cintura y de los hombros y la atrajo hacia sí.

Fue un acto natural e instintivo. El hombre dominó a la mujer. Pero su triunfo fue efímero, casi fugaz. Alicia se desasió y abandonó el puente.

Aquel día, sin embargo, se estableció entre ambos la primera corriente sentimental. Al anochecer, Alicia llamó a Luis por visófono interior. Estaba aún muy inquieta y no parecía saber lo que deseaba.

«—¿Por qué lo has hecho, Luis? —preguntó ella, protegida por la pantalla de circuito cerrado.

«— Te quiero —susurró él.

Alicia Dowan cerró inmediatamente la comunicación.

El oficial de comunicaciones Raff Brom se volvió y vio a Ekrama en la puerta de la cabina. «Ellel» le sonrió de modo turbador.

—¿Puedo pasar, oficial?

—Sí, naturalmente. ¿En qué puedo servirle?

—Sentí curiosidad por conocer cómo establecen ustedes comunicación con su mundo —dijo Ekrama, mirando con interés a su alrededor.

Raff Brom no se dio cuenta de que Ekrama estaba ejerciendo ya sobre él una especie de influjo hipnótico. Y su mente, dominada por una inefable sensación, se inclinó a creer que la visitante era lo que aparentaba: o sea, una hermosa y exótica mujer.

Raff Brom dio a Ekrama toda clase de detalles técnicos que «Ellel» captó con su penetrante inteligencia.

—Pero no entiendo cómo las comunicaciones con la Tierra pueden ser instantáneas —dijo Ekrama—. Nosotros, en Aarkon, recibimos radiaciones emitidas en la Tierra, pero nos llegan con un retraso… Diez o doce años de retraso.

—Utilizamos un procedimiento de radiación consecutiva. La electricidad viaja a trescientos mil kilómetros por segundo. Pero la radiación Consecutiva consiste en varios polos escalonados, entre los que hay grandes distancias —explicó Raff Brom—. Esta radiación llega de un polo a otro en «saltos radiales instantáneos». ¿Entiende usted? Si de «A» a «B», que

es un primer salto radial, la emisión tarda un segundo, y de «B» a «C» otro segundo, nosotros logramos saltar de «A» a «C» en la misma fracción de tiempo que emplearía en llegar del primero al segundo polo.

Para la radiación escalonada o consecutiva no hay distancias.

—¿O sea que esos polos reciben una onda y la transmiten al mismo tiempo?

—La están transmitiendo todos los polos a la vez, desde que sale de esta estación.

—¿Y dónde están situados esos polos? ¿Acaso los dejan en el trayecto? Ahora nos hallamos a muchos años luz de distancia de la Tierra.

—Los polos son átomos de hidrógenos simples que nosotros estimulamos. Todo el espacio está lleno de átomos de hidrógeno. Ocurre, sin embargo, que esos polos tan insignificantes quedan inutilizados después de colaborar con nosotros. Por fortuna, existen miles de millones de polos dispersos por el cosmos. Fue un descubrimiento interesantísimo de un físico ya fallecido.

—¡Es maravilloso!

Ekrama continuó enterándose de todo cuanto atañía a la cabina de comunicaciones y luego fue a comer con Raff Brom al comedor, quedando citados para verse por la noche.

—Nos podemos ver a solas, si quiere usted —sugirió ella, ante una insinuación de él.

—Esta noche estaré solo en la cámara. Tengo guardia de doce a seis.

—¡Iré! —prometió ella, enviando a la mente de Brom un vehemente deseo.

Y aquella noche, Ekrama acudió a su cita, sin ser vista. Raff Brom le abrió la puerta de la cabina y la abrazó, y la besó. Era la primera vez que Ekrama recibía las caricias de un terrestre y esto la turbó, porque su mente sufrió un leve trastorno. Sin embargo, Ekrama se recuperó y ejecutó fielmente lo que había venido a realizar.

Raff Brom ni se dio cuenta de haber quedado hipnotizado.

—Siéntate —le ordenó Ekrama mentalmente.

Él obedeció.

—Necesito enviar un mensaje a Aarkon. ¿Sabes la posición?

—Está en la tabla número dos… Ahí… Mandos 12 y 19, posición tercera —repitió Raff Brom, como un oráculo.

Casi toda la tripulación de la nave estaba descansando. La pasajera de la cabina número seis había salido de su alojamiento sin ser vista ni oída.

Ahora, ante el hipnotizado Brom, Ekrama realizó una llamada por radio interestelar y empleó el lenguaje aarkon.

—Ekrama, oficial de navegación de la nave espacial «Kiolko-902», llama a Apkuman, en mensaje urgente. Por favor. Servicio de Exploración Celeste. Contesten.

Una voz aarkona no tardó en oírse.

—A la escucha el Servicio de Exploración Celeste

de Apkuman, al servicio del soberano Ankon II.

—¡Por Verge! ¿Qué le ha ocurrido al soberano Ankon I?

—No puedo informar. Debo identificar primero. Repita su filiación completa. La nave espacial «Kiolko-902» fue capturada por terrícolas.

—Exactamente. Fuimos trasladados a la Tierra y hemos servido de investigación para esos retrógrados. No teníamos más remedio que obedecer o nos habrían destruido. Mi filiación completa es Ekrama Nak Damaek Dotok Niolko Freer.

—De acuerdo. Comprobaremos en un instante. No se separe. ¿Desde dónde llama?

—Desde la nave espacial «Zeus», de origen terrícola, con destino a Aarkon. Deseo instrucciones de nuestro soberano. Ignoraba que el soberano Ankon I ya no ostentaba el poder.

Ekrama no obtuvo inmediata respuesta a su llamada. Mientras aguardaba, comprobó que Raff Brom continuaba hipnotizado e incluso asomó al pasillo, por si se acercaba alguien y los sorprendía.

Todo parecía tranquilo a bordo de la nave sideral. Ekrama sonrió y volvió ante el cuadro de comunicaciones. A los pocos minutos, la estación de Servicio de Exploración Celeste de Apkuman habló de nuevo:

—Atención, Ekrama. Escucha bien. Te hemos identificado. El soberano Ankon II quiere hablarte.

«Ellel» sufrió una fuerte impresión al saber que su soberano en persona iba a darle instrucciones. Debían considerarle como súbdito de la máxima

importancia.

Y, efectivamente, la voz pausada del joven soberano de Aarkon llegó inmediatamente hasta Ekrama.

—Estoy complacido de oír a mi súbdito predilecto, Ekrama. Debías ignorar que mi preclaro padre fue asesinado por los terrícolas fugados de la prisión subterránea.

—Lo ignoraba, majestad.

—Ese triste suceso ocurrió estando ausente. ¿Qué fue de los demás tripulantes de la Kiolko-902?

—Se encuentra todavía en la Tierra, Majestad. Yo he sido instruida en el lenguaje terrícola para venir ahora a mi mundo como introductora de un embajador especial.

—¡No quiero saber nada con esos odiosos seres! ¡Tu deber es matarlos! ¡Tienes poder mental para aniquilarlos a todos! ¡Si no lo haces así, Ekrama, no regresarás a tu mundo!

—Pero… No tenía esas órdenes.

—¡La situación ha cambiado, Ekrama! ¡Estamos en guerra con los terrícolas, que son los seres más odiosos jamás conocidos! ¡Ni siquiera los espíritus malignos pueden compararse con ellos! ¡Ésas son mis órdenes, Ekrama: mátales y podrás regresar con nosotros!

—Sí, majestad. Seréis obedecido. Esta nave terrícola llegará a Aarkon transportando los cadáveres de nuestros enemigos.

—Serás bien recibida si así lo haces, Ekrama. Yo

mismo te distinguiré teniéndote a mi lado y serás ennoblecida.

—Gracias, Magnánimo Ankon II.

El rey de Aarkon cortó la comunicación y Ekrama desconectó también los mandos, dejándolos en la posición que estaban. Luego, se volvió a mirar a Raff Brom.

En los ojos de Ekrama pareció vibrar un destello. Su poderosa mente se concentró en el deseo de destruir las células del cerebro del nombre. Y, en pocos segundos, lo consiguió.

El oficial de comunicaciones se crispó violentamente, exhaló un jadeo y luego cayó de costado, quedando muerto en el suelo.

* * *

—¡Está muerto! —exclamó Alicia Dowan, alzando el rostro para mirar al sorprendido Luis Zamp.

—¿Muerto?

—Sí. Parálisis cerebral.

—¡Pero…!

—Sé que parece absurdo, pero así es. El detector muestra claramente el lugar de su cerebro que ha quedado paralizado. Debió ocurrir anoche, mientras montaba guardia.

—Sí. Uno de sus hombres lo encontró esta mañana. Pero Raff era joven. ¿Qué cosa más extraña? Voy a realizar una investigación.

En aquel mismo instante, uno de los altavoces de emergencia dio la alarma:

—¡Atención todos! Un subalterno ha sido hallado muerto en el pasillo de pasaje… Se ruega al coronel Zamp que se persone inmediatamente en la cabina número diez.

Luis Zamp salió corriendo de la cabina de comunicaciones, seguido de Alicia Dowan y del oficial Heinz Sinner. Al llegar a la compuerta de seguridad, el segundo oficial, Sinner, dijo:

—Señor, le aconsejo que vaya usted al puente de mando y se encierre allí. Puede ser una epidemia desconocida.

—¡Debo averiguar lo que ocurre, Heinz!

—Yo puedo investigar lo mismo que usted. El puente es el lugar más seguro, dada su protección antimagnética. Le tendré informado.

—No puedo hacer eso, Heinz. No me conoces bien. Vamos allá.

—Piense en el artículo 53 del reglamento de seguridad, señor.

Ahora, Luis Zamp se detuvo y miró a su segundo.

—Tienes razón, Heinz. Ve tú al pasillo de pasaje. Esperaré tu informe en el puente. Alicia, ven conmigo.

Un ascensor horizontal llevó a la pareja hasta el puente de mando, en donde se encontraba Maxim Dee, jefe de máquinas, juntamente con un oficial auxiliar de navegación.

—¿Qué está ocurriendo a bordo, señor? —pre-

guntó el delgado, espigado y bien parecido Dee.

—No lo sé, Maxim. Pero, en momentos de incertidumbre, el reglamento me obliga a permanecer aquí.

En la pantalla de comunicaciones interiores, que estaba iluminada, cambió la imagen y apareció el rostro de Heinz Sinner.

—Coronel Zamp, el subalterno Reeves ha muerto también de parálisis cerebral. Estoy seguro de que nos azota una epidemia —informó excitado.

—¡Cierren todos los compartimientos, Heinz! —ordenó Luis Zamp secamente—. Que nadie transite por la nave.

—Sí, señor.

—Señal de emergencia —indicó Zamp al navegante del puente—. Situación de peligro. Todos a sus puestos rápidamente.

Zumbaron los avisadores electrónicos y toda la tripulación corrió a ocupar sus puestos de emergencia, estrictamente incomunicados unos de otros. Los pasajeros especiales quedaron así, aislados de los demás.

Poco después, al pretender llamar a uno de los diplomáticos del Departamento de asuntos interplanetarios….

—¿Que es lo que ocurre en la cabina del señor Igoor? ¿Por qué no contesta a mi llamada?

—¿Conecto la comunicación directa, señor? —preguntó el navegante.

—Sí, Joor.

La comunicación directa fue establecida. Y Luis Zamp pudo ver al diplomático caído en el suelo de su cabina, con la puerta entreabierta. Y por su postura se adivinaba la suerte que había corrido.

Instintivamente, Luis pensó en Ekrama y temió por su parte. Por esto llamó a la cabina seis. Pero suspiró aliviado al ver el rostro de «Ellel» ante la pantalla.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Zamp—. Temí que te hubiese ocurrido algo, Ekrama.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó el Aarkon, pensando si podía ejercer su influencia mental en Zamp a través de las comunicaciones electrónicas.

E incluso intentó enviar un mensaje de muerte a las células cerebrales de Zamp, sin éxito. La influencia de la poderosa mente de Ekrama resultaba inútil en la transmisión.

—Ya han muerto tres hombres. No te muevas de ahí. Cierra herméticamente la puerta y no abras a nadie. No sabemos exactamente lo que sucede. Pero hemos de tomar precauciones por si se trata de una epidemia. Ya te informaré cuando sepamos algo.

—No creo que me afecten vuestras enfermedades, coronel —contestó Ekrama—. Soy inmune a toda clase de contagios. Me inyectaron un suero antes de salir de Aarkon. Déjeme que vaya al puente con usted, coronel.

—No, lo siento. Debes permanecer ahí hasta que hayamos localizado el origen o causa de esas muertes. Tengo una tremenda responsabilidad si no

te llevo sano y salvo a Aarkon.

Ekrama se mordió los labios y contestó:

—Está bien. Aguardaré aquí. Pero no me tenga mucho tiempo encerrado.

—No te apures, «Ellel». La doctora Dowan está conmigo.

«—Lástima —pensó «Ellel»—, pero no escaparéis ninguno. Las órdenes de Ankon II deben cumplirse».

CAPÍTULO IV

— ¡Es Ekrama! —exclamó Alicia Dowan de pronto—. Estuvo con el oficial de comunicaciones. Presiento que debió verse con él durante las horas en que todos dormían. Le mataría de algún modo que desconocemos y establecería contacto con su planeta.

Luis Zamp perdió el color del semblante. La idea no se le había ocurrido. Pero resultaba muy plausible.

Sin replicar, estableció contacto directo con la cabina de pasajeros número seis. Y, pese a sus órdenes terminantes, Ekrama no estaba allí. En cambio, la puerta estaba abierta.

Inmediatamente, Luis conectó con el pasillo de pasaje… ¡En el mismo instante en que Ekrama salía de una de las cabinas de los diplomáticos!

La vio deslizarse por el pasillo y regresar a su cabina. Entonces, en vez de volver a comunicar con la cabina de Ekrama, Zamp conectó con la del diplomático, de donde había visto salir a el hermafrodita. Y descubrió al hombre tendido sobre el pupitre, muerto.

Alicia Dowan, que había visto lo mismo que él a través de la pantalla, exclamó:

—¿Te has convencido ya? ¡Es ella y está acabando con todos!

Zamp no replicó. Cerró la comunicación y se volvió a Maxim Dee.

—Toma el mando, Maxim. Voy a ver a Ekrama a su cabina.

—¡No vayas, Luis! —gritó Alicia, aferrándose a él —. Lo que tengas que decirle, díselo desde aquí. Haz que renuncie a sus ejecuciones… ¡Si vas puede matarte!

—La doctora Dowan tiene razón, coronel —añadió el jefe de máquinas—. No debe salir de aquí. El peligro subsiste.

—Debo impedir que ese ser continúe matando. Si es preciso, acabaré con Ekrama —Luis Zamp señaló el ojo mortal de su cinto rojo, cuyo destello fatídico accionaban dos pulsadores situados a ambos lados del cinto metálico.

—¿Y si Ekrama acaba contigo? Yo conozco su lenguaje. La embajada puede continuar sin «Ellel» —dijo Alicia, implorante—. Pero si tú mueres… ¡Todo se habrá perdido!

—La doctora tiene razón —añadió Maxim Dee.

Luis Zamp ya no dudó; regresó ante el cuadro de mandos de comunicación y pulsó los llamadores de la cabina de Ekrama.

Ahora, el aarkon estaba ante la cámara. Y pareció alegrarse al ver al coronel.

—¡Oh, coronel; estaba muy preocupa…!

—¡Cállate, Ekrama! ¡Acabo de ver cómo salías de la cabina del diplomático Gress, a quien he hallado muerto! ¡Y nadie más que tú ha podido paralizar el

cerebro de todos esos hombres!

Ekrama retrocedió unos pasos, obligando al control automático de enfoque a graduarse, para que la imagen no perdiera nitidez.

—¿Pretendes negarlo, Ekrama?

—No, coronel Zamp. Veo que es inútil.

—¿Por qué lo has hecho?

—He cumplido órdenes de mi soberano y señor.

—¿Cuándo has hablado con él?

—Anoche. Tenía necesidad de advertirles de nuestra llegada y necesitaba instrucciones. Hablé directamente con Ankon II y las órdenes que me dio fueron las de destruiros a todos. Me harán noble. Nuestros mundos están en guerra.

—¿Por qué? —gritó Zamp, dando un fuerte golpe sobre la mesa de control—. Nosotros no os hemos causado ningún daño. Vosotros habéis atacado, sin previo aviso, la barrera orbital, destruyéndola y aniquilando a dos mil técnicos y militares. ¿Por qué? ¿Por haberos capturado una nave, hace tres años, dentro de nuestro sistema solar? Teníamos que hacerlo. Ignorábamos quiénes erais. Estamos en nuestro derecho. Pero, vosotros habéis capturado otras naves terrestres y encarcelado en subterráneos a mis semejantes, como si fuesen criminales. Nosotros te hemos tratado bien, Ekrama.

—Tal vez ignore usted que esos terrestres capturados por nuestras naves siderales de vigilancia, y que fueron encerrados en galerías subterráneas, lograron escaparse y dieron muerte a Ankon I. Por

eso, su hijo, justamente indignado, ha decretado la exterminación de todos ustedes.

—Pero…! eso es injusto, Ekrama! ¡Si esos hombres mataron a tu soberano, sólo ellos son responsables de sus actos! ¡Eran prisioneros y tenían derecho a escapar!

—¡Los derechos de los aarkones no son los mismos que los de los terrícolas! ¡Estamos en guerra!

—Nosotros no hemos declarado esa guerra —replicó Zamp.

—Mi soberano, sí.

—No acepto esa declaración unilateral. Yo he venido a restablecer la paz y a reconciliar a nuestras razas.

—¡Los aarkones jamás tratarán a los terrestres como iguales! ¡Sois seres inferiores! ¡Sólo nos podéis servir como perros de compañía!

—¡Basta, Ekrama; no debes hablar así! —gritó Luis Zamp con tono enérgico—. No voy a castigarte por lo que has hecho en cumplimiento a las órdenes de tu soberano. Pero te prohíbo salir de tu cabina, donde quedarás encerrada hasta que lleguemos a Aarkon.

—Puedes encerrarme, pero no llegarás a Aarkon.

Un circuito de control a distancia permitía a Luis Zamp cerrar las puertas de toda la nave. Y, mientras hablaba con Ekrama, presionó el contacto de tal circuito, dejando bloqueada la salida de la cabina del aarkon.

—Llegaremos a tu mundo —continuó diciendo

Luis—. Y si nos atacan y nos destruyen, tú morirás con nosotros.

Ekrama dejó escapar una carcajada y luego se volvió de espaldas.

* * *

—Aquí la nave espacial terrestre Zeus llamando a las bases de vigilancia de Aarkon.

La voz de Alicia Dowan, hablando en lengua extraña, repetía incansablemente la llamada. A su lado, serio, estaba el coronel Zamp, cruzado de brazos.

—No contestarán —dijo él.

Alicia repitió la llamada varias veces más. Un técnico estaba comprobando que las ondas se emitían normalmente.

Y, sin embargo, todos se equivocaron, porque diez minutos después osciló la luz del control de registro.

—Aquí el servicio de exploración celeste de Apkuman. Recibida vuestra llamada. ¿Qué queréis de nosotros?

Alicia se volvió a Luis y tradujo rápidamente las palabras que había escuchado.

—Diles que somos una embajada terrestre y pedimos autorización para entrevistarnos con su soberano.

Alicia repitió, en aarkon, lo dicho por Luis.

—Comunicaré vuestro propósito al palacio de

cristal rosado. La respuesta os será dada en seguida.

—Gracias.

Alicia se volvió a Luis. Había tensión en su semblante.

—¿Crees que nos dejarán continuar viaje?

—No lo sé. Debes decirles que no estamos armados y que nuestra misión es de paz. Debemos llegar a Aarkon, aunque luego no podamos salir de allí.

—¡Habremos fracasado si no salimos!

—Prefiero fracasar allí a no llegar, que sería doble fracaso. En Aarkon pueden existir otras posibilidades para negociar.

—Presiento que todo acabará mal. Ellos dieron órdenes a Ekrama de matar. Están decididos a destruirnos. Si saben que «Ellel» ha fracasado, enviarán naves de guerra.

—Las esquivaremos. Estoy preparado para ello. Antes, sin embargo, debemos apurar todas las posibilidades. Creo que…

—¡Ya contestan! —exclamó Alicia, que no perdía de vista las fluctuaciones de la luz de control de registro.

Efectivamente, una voz habló en aarkon a través del amplificador:

—El soberano Ankon II no quiere recibir ninguna embajada de la Tierra. Estamos en guerra con vosotros. Por lo tanto, nuestra respuesta es negativa. Debéis volver a vuestro mundo y esperar allí a que os llegue la inevitable destrucción.

—¡Oigan! —gritó Alicia, sin esperar a traducir a

Luis el definitivo mensaje—. Deben ustedes escuchar lo que tiene que decir nuestro jefe, el coronel Zamp. Pese a lo que digan, proseguiremos el viaje. Estamos desarmados y no ofrecemos ningún peligro.

Luis Zamp se inclinó sobre el hombro de Alicia y dijo:

—Pregúntales si alguien entiende nuestra lengua. Han debido estudiarla en los cautivos. Es importante que yo les hable.

—Les he dicho…

—Entendemos vuestra lengua —se oyó decir a otra voz—. Soy Ankon II soberano de Aarkon. Os hablo directamente desde la sala magna del palacio de cristal…

Luis notó un tono marcadamente femenino y dulce en aquella nueva voz, muy parecida a la de Ekrama.

—Majestad, por favor, atiéndame —rogó Luis, esperanzado—. No venimos en son de guerra. Somos una embajada pacífica. Es necesario que me reciba y me escuche. Represento al gobierno mundial federado. Quince mil millones de seres esperan y confian en mi misión. Si no soy atendido, nuestros mundos entrarán en guerra, y eso puede significar un desastre galáctico que debéis tener en cuenta.

—¡Vosotros habéis matado a mi padre y os destruiré de la faz del universo! —replicó Ankon II secamente.

—¡Os destruiréis vosotros mismos! ¡En prueba de mi sinceridad, os revelaré cuál es nuestro poder en

todo el sistema solar! ¡No podéis destruirnos, no seáis ciegos! No dudo que vuestra fuerza sea grande, pero la nuestra es muy superior! ¡Somos muchos más que ustedes, miles de millones más!

»En cambio, si me escucháis, podemos llegar a un entendimiento beneficioso. Estudiaremos el modo de castigar a los regicidas. Sospecho que esos coterráneos míos salieron de la federación sin permiso. Deben ser proscritos.

—Te escucho perfectamente, terrestre. Pero mis órdenes son irrevocables. Ahora mismo va hacia vosotros una escuadra espacial, al mando del noble Awwa Ceeo, de la que no podréis escapar. Supongo que mi fiel Ekrama habrá sido ejecutada.

—No, soberano Aakon —contestó Luis—. Ekrama está encerrada en su cabina. Ha matado a varios de mis hombres. Pero no la he castigado.

—¡Mal hecho, coronel Zamp! ¡Eso demuestra que eres blando!

—¡Eso demuestra mi interés en negociar pacíficamente! ¡No me propongo luchar! ¡Vengo en son de paz!

—Aquí no queremos paz… ¡Id con el diablo!

La señal dejó de fluctuar como si en Aarkon hubiese cerrado el circuito de emisión.

Alicia Dowan, que no había perdido una sílaba de la conversación, se puso en pie.

—Parecía una voz auténticamente de mujer, Luis.

—¡Esos condenados hermafroditas! ¡Pues tendrán que escucharme, quieran o no! ¡Y no conseguirán

acabar conmigo! Apuraré todos los medios para no defraudar a mi hermano. Pero ardo en deseos de revocar la orden y emprenderla con todos ellos hasta desintegrarlos. Vamos al puente… Esperaremos la llegada del noble Awwa Ceeo.

En la pantalla supertelescópica, el paisaje estelar era maravilloso. El negro y puro manto del cielo ofrecía ingentes miríadas de puntos luminosos, como diamantes incrustados en un cristal oscuro.

La perfección de la imagen era maravillosa.

Desde su asiento de control, Luis Zamp observaba atentamente la pantalla, no pasándole por alto ninguno de los rápidos movimientos de las pequeñas luces, situadas a miles de kilómetros de distancia.

El segundo oficial de navegación, Heinz Sinner, ocupaba su control de mando auxiliar. En toda la nave, los subalternos ocupaban sus sitios, con los cascos de vacío puestos, aguardando el ataque anunciado. Todas las comunicaciones estaban abiertas y todos podían escuchar las órdenes que emanaban del puente de mando.

Incluso Ekrama, equipada también con traje de vacío y casco, encerrada en su cabina, oía aquellas órdenes monorrítmicas:

—Desviación doce a estribor… Preparado el selector de radiaciones. Control de desintegración, en posición tres.

Desde las distintas dependencias de la astronave, los jefes de equipo respondían mecánicamente, mientras se ejecutaban las órdenes.

—Cámara de comunicación, ¿cuál es el sonorradial?

—Diez mil-once, señor —replicó la voz del ayudante de Raff Brom.

—Correcto.

En la pantalla aparecieron puntos luminosos que dejaban ígneas estelas.

—¡Atención! —gritó Luis Zamp—. ¡Nos atacan! ¡Posición evasiva número ocho!

En la pantalla se movieron todos los puntos luminosos, deslizándose hacia un extremo, mientras los tripulantes percibían el cambio gravitacional que les afectaba sensiblemente, pero les impedía caer, aun estando cabeza abajo.

—Los hemos esquivado —dijo Heinz Sinner,

—¿Sonorradial?

—Diez mil-diez, señor, disminuyendo.

—¡Desviación diez a babor, Maxim! —gritó Luis.

La Zeus volvió a desviarse, ahora sin que nadie sintiera nada. Luis pudo ver en la pantalla un enjambre de naves plateadas que pasaban ante ellos, demasiado próximas para efectuar la corrección y poder enviar sus rayos desintegrantes. Necesitaban alejarse algunos miles de millas y luego regresar.

El cerebro de Luis era una perfecta ordenadora, electrónica. Calculó hasta los segundos en que la escuadra del noble «Awwa» Ceeo podría situarse de nuevo en posición de ataque. Y se dijo:

«El ratón puede esquivar a los tigres. Los tendré un rato dando vueltas, hasta dejarles sin energía, y

luego escaparé entre sus garras. Se consideran demasiado fuertes y ésa es mi ventaja.»

La acción anterior se repitió hasta tres veces. La Zeus eludió las descargas de energía destructiva de las naves aarkonas, y luego se zambulló de nuevo en el hiperespacio, desarrollando una velocidad hiperlumínica, que era el secreto del coronel Zamp.

En unos segundos, la distancia entre la Zeus y la escuadra aarkona se prolongó a más de un millón de kilómetros, situándose Luis Zamp fuera del alcance de las descargas de energía radial de los atacantes.

—¡Los hemos burlado! —gritó el comandante Sinner.

Un hurra colectivo se transmitió por todas las comunicaciones interiores. Al oírlo, Ekrama se mordió despectivamente los labios.

—Le felicito, coronel Zamp. Debo admitir que tiene usted talento.

—Gracias, Ekrama —replicó Luis por el intercomunicador —. Eres muy amable.

—Ahora, quisiera saber cómo va a eludir la barrera defensiva de Aarkon. No podrá usted acercarse a menos de cien mil millas.

—No pretendo eludir nada, Ekrama. Sólo me propongo llegar a Aarkon.

—¡Moriremos todos antes de entrar en la atmósfera!

—Preferiría ser capturado y conducido ante Ankon II.

—¡Estás loco, imbécil! —rugió la voz de Ekrama,

que ahora no tenía nada de femenino—. ¡Jamás conseguirás ese propósito!

—Ya lo veremos, dulce amigo —ironizó Luis, presionando un contacto para aislar totalmente la cabina de Ekrama. Luego, añadió—. ¿Has oído a nuestra invitada, Alicia?

—Sí —replicó la doctora Dowan desde su cabina —. Y temo que tenga razón.

—Presiento que nos destruirán la nave… Atención todos, aumenta la radiación exterior. Que nadie se quite el casco de vacío. Colóquense los reactores individuales. Habremos de darnos un paseo por el espacio si nos destruyen la nave.

—¿Estás seguro de lo que haces, Luis? —preguntó Alicia.

—Sí, muy seguro. Si me eligieron para esta misión, fue por algo… ¡Atención, Maxim! ¡Cierra totalmente los reactores y desconecta las pilas de fisión!

—Sí, coronel… Cerrados y desconectados.

—¡Navegación por inercia! —añadió Heinz Sinner.

—Escuchen todos —gritó Luis Zamp, con voz emocionada—. No sé lo qué va a ocurrir. Estamos en el espacio exterior de próxima Centauri. Posiblemente van a desunir la nave. Los que sobrevivan deberán saltar al espacio y mantenerse allí hasta que sean recogidos. Los aarkones no nos dejarán flotando en el vacío, porque podemos entorpecer sus comunicaciones.

«Quizás recojan nuestros cadáveres, pero, si

alguno queda con vida y es llevado a su mundo, la misión debe continuar. Nada de lucha ni resistencia. Somos una misión de paz. Viva quien viva, debe continuar adelante. Ésas son las órdenes que recibí y ésas son las que os doy. Quien sobreviva continuará esta embajada de paz.

—Luis, ¡por el amor de Dios! —gritó la voz de Alicia Dowan por el intercomunicador.

—Adiós, Alicia. Tal vez no nos veamos más. Serenidad.

Luis Zamp estaba sentado en un sillón que, en caso de catástrofe, sería lanzado al exterior, como los antiguos pilotos de combate. Con su equipo de vacío y el reactor individual, podía sobrevivir durante doce horas en el espacio. Llevaba aire suficiente en el productor de oxígeno para todo ese tiempo.

Si después de doce horas no era recogido o no llegaba a un planeta donde hubiese atmósfera adecuada, su muerte sería horrible y su misión habría fracasado.

Por este motivo, Luis Zamp cortó las comunicaciones y apagó todas las luces de la nave, dejando sólo un circuito abierto, que le comunicaba con la cabina de Alicia.

—Te quiero, Alicia —musitó—. Ha llegado el momento de la separación. Sé fuerte.

—Lo seré, Luis. Confía en mí… ¡Yo también te quiero y he sido muy feliz a tu lado todo este tiempo! simultáneo…

—Gracias, Alicia. Puede que nos encontremos en

otro mundo o en otra dimensión —musitó él—. Ahora, corto… El choque se producirá de un momento a otro… ¡Adiós, mi vida!

—¡Adiós, Luis!

El choque y la expulsión del sillón de mando fue simultáneo…

CAPÍTULO V

La oscuridad total envolvió a Zamp cuando él y la silla fueron lanzados al frío vacío exterior. Apenas tuvo tiempo de ver desaparecer la Zeus y su estela ígnea en fracciones de segundo.

«Adiós, amigos míos… Éste es el fin», pensó.

Se dio cuenta que flotaba en el vacío, que era una brizna de materia en medio de un Universo infinito y que millares de luces diminutas le rodeaban por todas partes. Pero él ni caía, ni subía, ni iba hacia ninguna parte, aunque se estuviese trasladando en el espacio a una velocidad que no era capaz de calcular.

Se movía, sí; pero él no se daba cuenta.

Sintió frío y abrió la llave de su equipo de calefacción. Continuaba sentado en su silla de mando. Pero ningún sonido llegaba hasta él. Su radio era inútil en aquella soledad. La Zeus se habría desintegrado a miles de kilómetros de distancia.

¿Dónde estaba Aarkon? ¿Cuál de aquellos pequeños puntos albergaba a los seres causantes de su infortunio?

No podía precisarlo. Veía soles de muchas magnitudes. Unos parecían estar cerca y otros distantes.

Optó por cerrar los ojos. Ahora, la temperatura de

su cuerpo, dentro del traje de vacío, era confortante. Y sentía deseos de dormir. Se dijo que tampoco podía dirigir su reactor individual a ninguna parte, impulsándose en dirección contraria, porque ignoraba cuál sería su objetivo.

Lo que sí hizo fue abrir la radio a toda potencia. Tenía batería para muchos meses. Posiblemente habría muerto ya y su cadáver flotaría en el vasto mundo sideral, y la radio continuaría funcionando. Si alguna vez captaba una señal, su cerebro muerto ya no la percibiría.

Su vida, en aquellas condiciones, sólo podía durar doce horas.

Luis Zamp sólo podía pensar con amargura en su fracaso. Logró evitar la destrucción, al ser atacado por la escuadra aarkona, la cual debía encontrarse muy lejos de donde él estaba flotando en el espacio.

Pensó también en su hermano, el secretario general del departamento de asuntos interplanetarios, y se dijo que, pese a la confianza de Giano, cualquier otro jefe de las fuerzas espaciales habría podido tener más astucia o suerte.

También pensó en Ekrama y en las personas que habían muerto en la nave. Raff Brom, el oficial de comunicaciones, había sido un hombre bueno y valiente. Cumplió con su deber y sólo debió cometer un error.

¿Cuántos errores había cometido él?

Perdido y solo en el vacío inmenso, Luis Zamp sólo podía recordar, mientras el hilo de su existencia

se iba acortando. Quince años de servicio activo y eficaz quedaban truncados allí. Él sabía que un grupo de terrestres aventureros habían sido capturados por los aarkones. Sabía también que estos seres vivieron en galerías subterráneas, en condiciones infrahumanas porque sus captores les consideraban seres inferiores.

Pero aquellos seres, según sus últimas noticias, habían logrado escapar de su encierro, armarse y asesinar al rey Ankon I. De ahí partió todo. Posiblemente, los aarkones habían eliminado a los regicidas. Y el nuevo soberano, no satisfecho con esto, había decretado el exterminio de toda la raza humana. Se consideraba muy superior a los seres oriundos de la Tierra. Su civilización era más antigua. Tenía el poder mental de destruir a sus enemigos.

¿Qué haría el consejo de seguridad del gobierno federado mundial al saber que su misión de paz había fracasado?

Zamp tenía muchas dudas… ¡Demasiadas dudas!

— Ya no debo preocuparme de nada; excepto de mi alma —se dijo tristemente—. Sólo un milagro puede ayudarme. No soy el primero que encuentra la muerte en estas soledades. Probablemente permaneceré flotando toda la eternidad y nadie encontrará jamás mi cuerpo… ¡Pobre destino el mío!

Luis Zamp habría de perder la noción del tiempo. Los segundos se convirtieron en siglos. Podía consultar su reloj de pulsera, de funcionamiento eléctrico, pero se sometió a esta tortura voluntaria. No que-

ría saber las vueltas que daba la segundera porque así aumentaría su agonía. Y no consultó el reloj.

Pensaba… En Alicia Dowan, con la que había soñado irnos meses, y en la que halló algo que no había encontrado anteriormente. Pensó también en Ankon II, cuya voz le parecía aún estar oyendo, melosa, acariciante y amenazadora.

¿Cómo sería Ankon II? Quiso imaginarlo igual que Ekrama, pero sus facciones se le desdibujaban.

Y hasta pensó que Ekrama podía llegar a ser la esposa de algún terrestre y tener hijos. Era absurdo pensar esto de seres hermafroditas, aunque Alicia Dowan era una doctora experta en biogénesis y no podía equivocarse.

Luego, Luis no recordó haber pensado nada más.

Quizá fue debido al termostato, que calentaba su cuerpo dentro del traje espacial, pero el caso es que se durmió.

Y así, algún tiempo después, no vio acercarse silenciosamente un objeto alargado y blanco que terminó por situarse a su altura, como si quedase inmóvil.

Tampoco vio descorrerse una escotilla y aparecer dos figuras envueltas en escafandras blancas que, sujetas a una especie de cadena, salieron por la escotilla y, flotando en el vacío, se acercaron a él lentamente.

De haber estado despierto, Zamp habría visto dos rostros femeninos detrás del casco de vacío y cuatro ojos grandes que le examinaban.

No vio ni notó nada. Los dos aarkones lo sujetaron y lo llevaron a la, al parecer, inmóvil astronave, donde fue introducido, con silla de mando y todo, dentro de la escotilla, cuya compuerta se cerró.

Hasta horas más tarde, Luis Zamp no se daría cuenta de haber sido capturado por una nave de la escuadra del noble «Awwa» Ceeo.

* * *

Al abrir los ojos, Zamp se encontró semidesnudo y tendido sobre una mesa metálica. Una fuerte luz caía sobre él, impidiéndole ver lo que había a su alrededor.

Parpadeó repetidas veces y quiso moverse. Fue entonces cuando supo que sus muñecas y tobillos estaban aprisionados por abrazaderas metálicas.

Y la luz era como una sábana cegadora que le dificultaba la visión a más de un metro.

Sin embargo, captó la presencia de alguien en su proximidad. Incluso creyó ver un brazo, cubierto por una manga metálica, surgir entre la cortina de luz y una mano marfileña, que sostenía una especie de cajita rectangular.

—¿Quién está ahí?

Oyó una voz, pero no entendió nada de lo que decía.

Entonces, el aarkon se inclinó sobre él, interpo-

niéndose entre sus ojos y el intenso foco. Fue entonces cuando Luis Zamp vio los rasgos femeninos, bellos y atrayentes, de una persona que se parecía más a una mujer terrestre que un hermafrodita

Sus labios sinuosos se movieron y sus palabras penetraron en los oídos de Zamp, sin sentido alguno.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

¡La luz se apagó en aquel instante!

Zamp hubo de abrir repetidamente los ojos hasta poder enfocarlos correctamente y poder distinguir lo que había a su alrededor. Era una extraña sala, con extraños aparatos y varias personas moviéndose ante ellos.

Otro hermafrodita se acercó y habló con el que estaba junto a Zamp.

Su lenguaje era espaciado, lento, sin expresión. Se hablaban mentalmente y se ayudaban con los sonidos de sus lenguas. Era evidente que hablaban de Zamp.

También observó que todos vestían igual y que algunos de ellos estaban examinando su equipo de vacío, su casco y todo cuanto él había llevado consigo al abandonar la astronave Zeus.

—¿Es que nadie sabe hablar mi lenguaje?

Los aarkones le miraron, pero no respondieron. Posiblemente, no le comprendían.

—¿Dónde me encuentro?

El primer aarkon se acercó de nuevo y le acarició el pecho con dedos delicados, a la vez que decía algo a su compañero, quien se volvió, fue a una estantería

transparente y tomó algo parecido a una jeringuilla hipodérmica. Con ella se acercó a Zamp. Sonrió con gracia.

Luego, se inclinó para pincharle en el pecho, sobre el corazón.

Zamp intentó moverse, pero el otro le sujetó, diciéndole algo que no pudo entender.

La fina aguja penetró en su piel y casi instantáneamente fue retirada. Los efectos de la droga fueron inmediatos porque Zamp sintió una pesadez en los ojos y quedó sin sentido.

Al despertarse de nuevo no se encontraba en el mismo sitio.

Ahora estaba sentado en una extraña silla, como de colchón blanco hinchable, dentro de una estancia de paredes metálicas y dimensiones reducidas.

Frente a él había una mujer muy bella, sonriéndole. Luego resultó ser un hermafrodita.

—¿Cómo se siente usted, coronel Zamp? —preguntó aquel ser extraño y bello ataviado con un mono plateado y cerrado hasta el cuello.

—¿Dónde me encuentro?

—En una de nuestras naves espaciales, coronel Zamp. Le hemos recogido flotando en el espacio, todavía sentado en su silla de mando.

—¡Ah, he sido hecho prisionero!

—Le hemos salvado la vida.

—¿Cómo es que habla usted mi lenguaje?

—Lo he aprendido de otros terrestres que fueron

traídos a Aarkon. No se sorprenda. También he escuchado muchas de sus emisiones de radio y televisión.

—¿Qué piensan hacer conmigo?

—Lo llevamos a Apkuman.

—¿La capital de Aarkon?

—Sí. Le hemos identificado como el coronel jefe de la nave espacial Zeus. Nuestro soberano Ankon II quiere verle.

—¡Pero si dijo que no…!

—Nuestro soberano puede cambiar de opinión. Y eso ha hecho, después de haber hablado con Ekrama.

—¿Dónde está Ekrama?

—Fue rescatado de la nave de ustedes. Se estrellaron contra la barrera magnética que defiende nuestro sistema. Se la frenó y todos los tripulantes fueron detenidos y conducidos a Aarkon. Sólo faltaba usted, al que hemos buscado con nuestros rastreadores.

»Por otra parte, Ankon II quiere saber cómo logró usted burlar la escuadra del «Awwa» Ceeo. Parece ser que es usted un experto en navegación espacial.

»Nosotros no creíamos que tuviesen ustedes naves tan rápidas como la Zeus y eso puede modificar extraordinariamente la situación. Ahora nos interesa usted vivo, coronel Zamp.

—Menos mal. A mí también me interesa ver a su soberano.

—Le verá usted pronto.

—¿Y mis compañeros?

—Están bien y han sido atendidos convenientemente. Creo que después de su entrevista con Ankon II podrá usted reunirse con ellos.

—Seremos encerrados en las oscuras galerías.

—Posiblemente. Ese ha sido el destino de todos los terrestres llegados a nuestro mundo.

—Bien. Al menos tengo la posibilidad de hablar con su soberano. Y eso es lo que he venido a hacer. ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Dealna y pertenezco a la nobleza aarkona. Formo parte del consejo de Apkuman—. Aquel ser sonrió con exquisita gracia y Zamp se sintió un tanto turbado—. Sabemos que es usted un ser extraordinario, coronel Zamp.

—¿Extraordinario? ¿A qué se refiere?

—Usted nos hace pensar que la raza humana no es tan débil como suponíamos. Todos los hombres de La Tierra que hemos examinado anteriormente eran débiles, de mente débil y constitución débil. Pero usted no es así. ¿No será de otra raza superior?

—No. Soy de la Tierra. Mis padres eran de allí y también mis abuelos.

—Muy interesante Sí, muy interesante.

Luis Zamp, vestido únicamente con el breve slip, se sentía cohibido ante la escrutadora mirada de quien cada instante que transcurría le parecía más una mujer que un ser bisexual. Esto le producía una sensación de vergüenza de la que no podía sustraerse.

Para él, Dealna era una mujer auténtica, de senos

prominentes, piernas esbeltas y cintura breve, labios sensuales y ojos acariciantes.

Y no pudo por menos que preguntar:

—¿Es usted mujer u hombre?

—Soy aarkon. Debo mirarle a usted con desprecio

Y, sin embargo, no puedo. Estoy leyendo intensamente su mente. Sus pensamientos son muy extraños, coronel Zamp. Las mujeres de su mundo se parecen mucho a nosotros. Informaré a Ankon II de mis observaciones.

—¿Me han investigado físicamente?

—Hasta las últimas fibras de su ser. Le hemos vacunado contra enfermedades y gérmenes, de suerte que no hay peligro de contagio. Y ni siquiera ha tenido usted fiebre o desvaríos. Por eso digo que es un hombre fuerte.

—¿No pretenderás emplearme como conejo de indias?

—No, desde luego que no. Nuestra raza no se puede mezclar con la de ustedes.

—¿Está segura, Dealna?

—Sí. Nosotros somos una raza superior.

—Ustedes son una raza que no progresa, formada por vástagos de un mismo tronco familiar, y eso terminará por destruirles con el tiempo. En vez de generar se degeneran. Nosotros hemos estudiado perfectamente las leyes de la genética y sabemos que la evolución está, precisamente, en la mezcla de razas y cromosomas.

—Conocemos esa teoría. Y puedo asegurarles que

ya se han hecho investigaciones entre prisioneros terrestres y seres de nuestra raza.

—¿De veras?

—Sí. Esos experimentos se han llevado en secreto. Son muy pocos los aarkones que los conocen. Yo soy uno de ellos.

—¿Ha habido copulación entre ustedes y nosotros?

—Sí. La ha habido.

—¿Con qué resultado?

— Se lo voy a decir, porque Ankon II hablará con usted de esto… ¡Ya tenemos seis aarkones auténticamente varones!

* * *

Desde la ventanilla de la planeadora, Luis Zamp quedó extasiado ante la impresionante vista que se extendía ante él, mientras sobrevolaban la ciudad imperial de Apkuman, con sus cientos de miles de enormes palacios de elevadas columnas.

Todo eran muy semejantes. Pilares redondos de piedra y techos planos, de losas blancas. Todos recordaban las ciclópeas construcciones egipcias de la antigüedad. Los cuatro lados de los templos tenían escaleras de piedra y carecían de paredes. Las columnas y el techo eran todo cuanto constituían los edificios.

El palacio de Cristal Rosado, sin embargo era

completamente distinto. Aquello sí que era un auténtico palacio con jardines superpuestos, lagos, donde nadaban animales exóticos y de colores maravillosos, con flores enormes y árboles extraños.

Todo parecía ser de cristal color rosa. Y la arquitectura obedecía a unas leyes disparatadas, pero armoniosas y estilizadas. Una gran franja de tierra amarilla separaba el palacio de Ankon II del resto de la inmensa población, siempre iluminada por el sol.

Luis habría de saber pronto que Aarkon era un mundo de características muy parecidas a las de la Tierra, con mares, desiertos y escasas montañas. Las temperaturas eran más benignas y su clima casi constantemente primaveral. Así había sido durante los miles de años que los aarkones vivían allí, y cuyo origen se perdía en los arcanos de los siglos.

Pero en Aarkon no había relojes, ni calendarios, ni se contaban las salidas y las puestas del sol. Los días tenían todos igual duración, lo que demostraba que la órbita circular del planeta en torno a su sol era de una magnitud semejante a la de la Tierra.

—¿Qué le parece Apkuman? —preguntó Dealna, que viajaba en la planeadora, junto a Zamp.

—Una ciudad fascinante. Había visto fotografías, muy aumentadas, de cuando estuvieron sobre Aarkon los primeros exploradores terrestres. Pero no se puede comparar con lo que se aprecia desde aquí… ¿Y qué hace tanta gente en las calles y plazas?

—Viven indolentemente. En la capital de Aarkon

nadie trabaja. Se juega, se ríe, se divierten. Son las otras ciudades las que albergan a los obreros de la tierra y de la industria. Aquí todos son ciudadanos de primera clase. En los templos más próximos al palacio de Cristal Rosado los nobles se alojan. ¡Aquél de allí, con el círculo en el techo, es el mío! Allí vamos a posarnos.

Efectivamente, la planeadora, cuyo funcionamiento Luis no pudo comprender, porque el aparato no parecía tener motores ni aspas y menos planos sustentadores, fue a posarse sobre el techo del templo o edificio indicado por Dealna.

El piloto accionó sus extraños mandos, y cuando la nave se detuvo, se descorrió una compuerta y fue sacada la pasarela.

—Venga, coronel Zamp —invitó Dealna, conduciendo al terrestre al exterior.

De una especie de concha teatral surgieron varios seres, provistos de pequeños objetos blancos y extraños en las manos. Luis dedujo, por su aspecto que serían la guardia.

En la concha había una escalera en espiral, que descendía por el interior de una de las columnas. Bajaron por allí, seguidos de la escolta, y al salir, en la base, Zamp se encontró ante un grupo de personas que aguardaban. ¡Y entre ellas vio a Alicia Dowan, quien se lanzó hacia él, para echarle los brazos al cuello y besarle con frenesí!

Vio también a Heinz Sinner, al jefe de máquinas, Maxim Dee y seis o siete hombres más de su tripu-

lación.

—¿Sorpresa, eh, coronel? —preguntó Dealna.

—¡Una maravillosa sorpresa!

Pero también se dio cuenta Luis de que en tomo a ellos había una guardia armada y más allá, entre las columnas, una multitud que les contemplaba con curiosidad.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, Alicia?

CAPÍTULO VI

—Acabamos de llegar en una especie de tren subterráneo, procedentes de la base espacial de Kiolko

—explicó Alicia.

—¿Y el resto de la tripulación?

—Están en tratamiento médico. Al parecer, aquejan algo sin importancia, pero deben pasar una especie de cuarentena. Nosotros somos los más sanos —replicó Alicia Dowan.

—¡Vaya, ha sido una auténtica sorpresa! —exclamó Luis, mirando a su alrededor.

Le extrañó sobremanera ver algunos objetos de forma rara, diseminados por el suelo de aquel espacioso lugar, entre las columnas de piedra y bajo el techo. Debían de ser muebles de uso corriente, para sentarse, comer, arreglarse, etc. Y era evidente que los aarkones vivían a la vista de los demás, sin muros que les protegieran de la curiosidad pública.

En los otros edificios vio semejantes o parecidos objetos.

En aquellos instantes, la curiosidad de los aarkones se centraba en los terrícolas.

—¿Y Ekrama? —preguntó Luis, mientras Dealna

permanecía estática ante un esbelto aarkon, con quien parecía estar conversando sin palabras.

—No hemos vuelto a verla. Desapareció cuando nos sacaron de la nave para pasarnos a otra de ellos, en la que nos llevaron a Kiolko, que es una ciudad más pequeña que ésta.

—¿Y para qué nos han traído aquí?

—Creo que Ankon II desea vernos. Hay terrestres armados que merodean por los montes volcánicos. Algo he oído decir a unos soldados que ignoraban mi conocimiento de su lengua. Pero no estoy segura, puesto que hablan y piensan a la vez.

En aquel instante, Dealna se acercó a Luis, acompañada del noble aarkon con el que había estado conversando. Primero miró a Alicia con curiosidad y luego dijo, mirando a Luis:

—Éste es el noble «Awwa» Ceeo, magistrado del rey en Kiolko y jefe de la escuadra espacial… No, no habla vuestra lengua. Pero lee mis pensamientos y los vuestros. Desea conocerle, coronel Zamp. Dice que le burló usted en el espacio abierto con una nave de extraordinaria capacidad de vuelo.

—Así es, Dealna —contestó Luis—. Deseo que el noble Awwa Ceeo no me guarde rencor. Estoy vivo gracias a él.

En la Tierra, «Awwa» Ceeo habría sido una mujer muy bella. Era particularmente curioso que todos los dignatarios de Aarkon parecieran mujeres hermosas. Además, la característica especial del «Awwa» Ceeo era su cabello, de color marfil, cuidadosamente

peinado de un lado a otro, con bucles que parecían artificiales.

Aquel individuo llevaba una túnica plateada, cuyos pliegues se unían sobre el hombro, sujetos con una gema refulgente.

Luis tendió la mano, a la usanza terrestre, para saludar al Awwa y éste se la estrechó, reteniéndola y acariciándola con la izquierda, lo que causó en Luis una desagradable sensación, porque las manos de aquel sujeto estaban frías y lisas.

El individuo, sin embargo sonreía amistosamente. Dijo algo que Luis no pudo entender y Alicia se apresuró a traducir:

—El Awwa está muy contento de conocerte, Luis, Dice que quisiera hablar contigo cuando termines de hablar con Ankon II.

—¿Por qué ha cambiado el soberano de parecer? —preguntó Luis a Dealna—. Cuando hablé por radio, no quería saber nada conmigo. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. El soberano se lo dirá pronto. Le está esperando. Hemos de dirigirnos inmediatamente hacia el palacio de cristal rosado.

—Bien. Pues no perdamos más tiempo. Ardo en deseos de conocer a ese magnánimo soberano.

Mientras se ponían en camino en dirección al palacio de Cristal Rosado, junto a Alicia y sus compañeros, Luis iba pensando en el cambio de situación tan extraño que se había producido y cuyas causas no podía comprender, ni siquiera porque hubiese terrestres merodeando por los montes. Más

bien, Luis Zamp creía que el cambio obedecía a las experiencias realizadas por los científicos aarkanos que habían logrado los primeros varones auténticos de su raza, según le dijera Dealna.

Pero no debía ser sólo esto. Quizá también la actuación de la astronave «Zeus», al burlar a la escuadra del «Awwa» Ceeo, había hecho cambiar de opinión al soberano Ankon. Posiblemente comprendería que una raza muy superior en número, provista de aquellas rapidísimas naves atómicas, podían ser un peligro para ellos.

—Ankon II desea verme y eso me hace alentar esperanzas —dijo Luis a Alicia.

—¡Fíjese qué palacio, coronel Zamp! —exclamó Maxim Dee, que caminaba detrás de ellos.

Ahora, a más corta distancia, bajo los rayos del sol, el palacio de Cristal Rosado parecía una enorme gema rutilante, llena de belleza y grandiosidad.

En efecto, era algo maravilloso. En la Tierra, aquel edificio habría sido considerado como la primera maravilla del mundo.

Sus torres, muros, planos inclinados, pasillos exteriores y terrazas formaban un armonioso juego de líneas estilizadas y arquitectónicas. Todo parecía estar hecho de grandes láminas de cristal rosado.

—¿Les asombra? —preguntó Dealna—. Fue construido hace mucho tiempo. Y conste que nosotros no medimos el tiempo como ustedes. Esto era, según la leyenda, una montaña de cristal de roca. Vaek I, abuelo de abuelos de monarcas, concibió la idea de

construir ahí su palacio. Con el cristal de aquella montaña, los aarkones se hacían gemas para sus vestidos.

»Pero Vaek I prohibió arrancar más cristal de roca y cercó la montaña. Durante siglos, sus artesanos estuvieron dando forma a la montaña, socavando y arrancando el cristal sobrante, para construir las salas y pasillos interiores. Al fin, quedó tal y como lo veis ahora.

—¡Debió de ser una obra de titanes!

—Estuvieron muchos siglos haciéndolo. Pero también hace siglos que no se ha modificado.

El fastuoso palacio tenía muchas entradas. Láminas de cristal rosado y goznes del mismo material, con cajas electrónicas disimuladas, abrían y cerraban las puertas.

Pero la entrada principal, situada en lo alto de una escalinata y custodiada por un centenar de aarkones con uniforme plateado, tenía unas dimensiones fabulosas.

El grupo y su escolta subieron los peldaños y penetraron en un amplísimo vestíbulo circular, con varios tramos de escaleras que llevaban a una galería abierta, situada en el primer piso, formada por extraños arcos de cristal.

La luz era allí dentro también rosada, porque se filtraba a través de las paredes de cristal de roca. El ambiente era fresco, acogedor, grato y sosegado.

De una de las escaleras descendió un aarkon, que arrastraba tras de sí una larga capa amarilla, de

fibras metálicas, al parecer, ante el que Dealna inclinó la cabeza.

—¿Ankon II? —preguntó Luis, en voz baja.

—No. Es Evemea, el Gran Chambelán. Si el soberano falleciera, él ocuparía su puesto.

Evemea se acercó. También parecía una mujer, joven y bella, pero no era así. Su juventud había quedado muy atrás en su vida.

Fueron el «Awwa» Ceeo, Dealna y un oficial de la guardia quienes escoltaban a los terrestres, que se acercaron al Gran Chambelán, con la cabeza hacia el suelo.

Luis Zamp y sus compañeros se quedaron más atrás, rodeados de la escolta, mirando a su alrededor, atónitos y maravillados, sin saber qué decir ante tanta grandiosidad y belleza.

Luego, tras un breve diálogo, Dealna anunció:

—Coronel Zamp, nuestro soberano, Ankon II, desea verle a usted solo en la Sala Magna.

—¿A mí solo?

—Sí. Eso ha ordenado. Sus compañeros serán llevados al interior del palacio y luego podrá reunirse usted con ellos. Ahora, tenga la bondad de acompañar al Gran Chambelán. No habla vuestra lengua, pero el soberano sí.

—Me consta —replicó Luis—. Y será para mí un honor ir a presentarle mis respetos. Sin embargo, mi gobierno nombró a la doctora Dowan como intérprete y debo...

—Ankon II sólo quiere verle a usted, coronel

Zamp —replicó Dealna, secamente. Luego, si llegan a un acuerdo, podrá intervenir su intérprete. Le ruego que no haga esperar a Su Majestad.

—De acuerdo —contestó Luis, para volverse a sus compañeros y añadir—: Yo arreglaré esto. Tened confianza en mí.

—La tenemos plenamente, coronel Zamp —dijo Heinz Sinner.

—Entonces, haced lo que os digan. Espero verles a todos de nuevo pronto.

Luis besó a Alicia en la mejilla y luego fue hacia donde aguardaba el Gran Chambelán, ante quien se inclinó. El dignatario inclinó también la cabeza y después dio media vuelta, tras recoger su larga capa y echársela al brazo.

Empezó a subir la escalera y Luis le siguió.

En la galería superior entraron en un amplio pasillo, jalonado de guardias con trajes plateados. Todos llevaban las extrañas armas que había visto en los que salieron a recibirle en la azotea del edificio de Dealna.

AI fondo del pasillo había una gran puerta cerrada. Pero, al acercarse ellos, la puerta se abrió franqueándoles el paso a una gran sala que tenía numerosas ventanas. Un penetrante aroma de rosas llegaba del jardín.

Al fondo, sentada en una butaca de oro macizo, había una persona, cuyas facciones no pudo distinguir Luis muy bien, debido a la distancia.

—Su Majestad, el soberano de Aarkon, Ankon II

—presentó Evemea, en su lengua, y Luis se quedó sin comprender nada.

—Acérquese usted, coronel Zamp —invitó el soberano, con voz dulce y enérgica.

Evemea retrocedió y salió de la sala. La puerta se cerró detrás de Luis, quien avanzó lentamente, sin nervios, al encuentro de la máxima autoridad de Aarkon.

Luis Zamp llevaba ahora un atuendo plateado que le ofreciera Dealna, al estilo de los navegantes espaciales aarkones. Y sus pies estaban calzados con ligeros zapatos de color amarillo.

Lentamente, el coronel terrestre se fue acercando, sin apartar la mirada de la figura inmóvil, hasta ir a situarse a menos de seis metros del soberano. Fue entonces, al ver las facciones de Ankon II, cuando Luis se quedó impresionado.

El monarca de Aarkon era, en todos los aspectos, una auténtica y bellísima mujer, de facciones exquisitas, ojos claros, grandes y rasgados, labios perfectamente dibujados, cuerpo escultural y brazos y piernas como modelados por un artista inimitable.

Ankon II vestía un extraño atuendo blanco, muy sutil, que permitía vislumbrar su satinada y fresca piel, llevaba un collar de piedras rutilantes y rojas, que Luis no había visto jamás, ni en granates ni en rubíes, y sobre su cabello, blanco como la nieve, lucía una diadema de piedras verdes.

—Sé bienvenido, coronel Zamp —habló el soberano con voz acariciante.

Luis estaba aturdido. No sabía si trataba con una mujer o con un hombre. Esta misma sensación se había repetido en todos los aarkones que conoció.

—Majestad —dijo, inclinando levemente la cabeza.

—Debías estar muerto, coronel Zamp —añadió el soberano, con una sonrisa—. Pero vives.

—Es un privilegio que os debo, Majestad.

—Eres muy gentil, coronel Zamp. Ven, siéntate aquí, a mis pies. Deseo hablar contigo. Ekrama me ha hablado muy bien de ti.

—¿Sentarme en el suelo, a vuestros pies, majestad? —se sorprendió Zamp.

—Sí, no tengas miedo. Ya te habrás dado cuenta de que los aarkones actuamos de modo muy femenino con vosotros… Mejor dicho, sólo contigo, coronel Zamp. Eres el mejor representante que podía habernos enviado el Gobierno Federado Mundial. ¿Es cierto que tu hermano es el Secretario General de Asuntos Interplanetarios?

—Sí, majestad.

—Aquí no podemos tener hermanos. Todos somos hijos únicos.

Luis se había puesto primero de rodillas ante el soberano, quien le tendió una mano, para hacerle acercarse más. Luis tomó aquella fina y blanca mano y la acarició. La sensación de tocar una mano de mujer se acentuó.

—¿Sois una mujer, majestad? —preguntó.

—Para ti, sí, coronel Zamp. Para mis súbditos soy

un ser sagrado, asexual e intocable.

—Cuando os hablé desde la sala de comunicaciones de mi nave, vuestras palabras fueron muy duras. Creí que no lograría realizar ni la primera parte de mi misión.

—Yo también pensaba de otra manera. Te estoy leyendo la mente, coronel Zamp. Ahora sé que no puedes engañarme. Yo a ti, sí. Pero no lo haré. He empezado a darme cuenta de que vosotros nos podéis ser muy útiles.

—Eso me congratula, majestad —dijo Luis, quien seguía reteniendo entre las suyas la mano cálida y suave de Ankon II—. Nuestros mundos pueden unirse.

—Sí, sé que eso es factible y, al mismo tiempo, singular… Extraordinariamente singular. Seguro que el noble Dealna te habrá dicho que nuestros científicos han realizado una experiencia con cautivos terrestres y algunos de nosotros.

»He podido ver la transformación personalmente. Mis súbditos sometidos a tratamiento de copulación terrestre han modificado su órgano bisexual, y ahora son varones y hembras perfectamente definidos.

—Ésa es la misma teoría de la doctora Alicia Dowan —añadió Luis.

—¿La mujer científico de la que estás enamorado, coronel? —preguntó Ankon II.

—Sí, majestad.

—Es una mujer muy bella. La he visto en la pantalla de observación de mi sala de gobierno. Os vi

llegar a todos y os he estado observando con atención. De todas formas, eres tú quien ha despertado mi mayor interés.

—¿Por qué, majestad? —preguntó Luis.

—Por varias razones. Algunas son de estado y muy importantes. Otras son particulares. Y no te las voy a ocultar, coronel Zamp. Empezaré por las de estado.

»Ya sabes que mi padre fue asesinado por un grupo de terrestres evadidos de las galerías subterráneas. Escaparon, se refugiaron en los montes cercanos, viviendo de la rapiña de nuestros campos frutales, hasta que una noche penetraron en palacio, al amparo de la oscuridad, en la que habían aprendido a moverse como animales nocturnos. Burlaron la guardia y asesinaron a mi padre. Luego, por grabaciones y por la declaración de un prisionero, supimos que esos desesperados no querían matar, sino obligar a mi padre a que les devolviera la libertad.

»Por eso odiaba a los terrestres. Me quitaron lo que más amaba, que era mi progenitor.

»Pero casi todos huyeron y están demostrando ser capaces de resistir nuestros más sagaces registros. Han hecho más. Han capturado algunos de nuestros soldados y los retienen como rehenes. Sabemos, por algunos cíe esos rehenes escapados, que los terrestres han tenido hijos con ellos. Y eso nos obligó a investigar con los otros prisioneros.

»El resultado ya lo sabes. Nosotros los aarkones,

uniéndonos a los terrestres, podemos reproducirnos biológicamente, lo que demuestra que nuestras razas se complementan.

»Pero hay un problema. Nosotros somos hermafroditas y, por tanto, tenemos dos sexos. Yo puedo ser indistintamente mujer u hombre. Y puesto en el dilema de elegir, no sé lo que correspondería a mi dignidad de soberano.

—¡Vos seríais una maravillosa mujer, majestad!

—Sí, a tu juicio. Pero al de una mujer terrestre, también podía ser un joven apuesto. De todas formas, el problema no es ése. Nosotros estamos configurados para tener únicamente un hijo, lo que podemos hacer sin ayuda de nadie. Ésa es la razón por la que nuestra raza hace siglos que está estancada o, mejor dicho, en ligera decadencia.

«Mis científicos aseguran que, con vuestra ayuda, nuestra descendencia será múltiple y estará asegurada. Se trata únicamente de unirnos y procrear. Necesitamos esa savia vivificadora que nos podéis transmitir. Vosotros sois mentalmente menos desarrollados y por eso gozáis de organismos sanos reproductores mejor dispuestos que los nuestros.

—Nosotros nos hemos mezclado con todas las razas humanas que habitaban nuestro mundo —dijo Luis Zamp con orgullo—. En un principio, en el mundo habitaban razas muy distintas. Hoy formamos solamente una.

—Lo sé, coronel Zamp. También sé en qué grado se desarrolla vuestra técnica y vuestro vigor. Para

nosotros, seres decadentes ya, ese contacto será beneficioso. Se trata, por tanto, de facilitar el intercambio y de permitir que vengáis a vivir con nosotros.

—¡Precisamente para eso he venido, majestad! Y esas palabras vuestras me colman de felicidad.

Ankon ÍI sonrió, mostrando sus dientes blancos y perfectos.

—Hemos de solucionar algunos problemas, sin embargo. Renko Dexer se esconde en las montañas Ugkalas y su banda es peligrosa.

El nombre resultaba familiar a Luis Zamp, pero no asoció con él a nadie. Repitió:

—¿Renko Dexer?

—Sí, el hombre que asesinó a mi padre. Tengo entendido que se escapó de una prisión orbital terrestre.

—¡Sí, ya caigo! —exclamó Luis—. ¡Eso fue hace siete u ocho años! Era un oficial de las fuerzas del espacio. Fue procesado por rebelión y escapó en una nave espacial. ¿Vino a parar aquí?

—Sí. Le capturamos y le encerramos en las galerías, pero huyó. Y no hemos podido capturarle. Renko Dexer significa un peligro para nosotros. Quiero que le encuentren y que sea devuelto a vuestro mundo, para que sea castigado de acuerdo con vuestras leyes.

—¡Yo me ocuparé de eso, majestad!

—Gracias, coronel Zamp. Sabía que no rehusaríais —dijo Ankon II, satisfecho—. Y luego, cuando regreséis a de los montes Ugkalas, me ayudarás a

elegir el sexo que más me convenga para mi futura dignidad. No sé aún si aceptar el amor de un hombre o de una mujer terrestres. Yo, más que nadie, necesito una larga descendencia. ¿Qué me aconsejas, coronel Zamp?

—Un soberano debe ser varón. Pero en vuestro caso…

—¡Me gustas, coronel Zamp! —dijo el soberano, sin rodeos—. Pero también me gusta la doctora Alicia Dowan. Puedo decidirme por uno de los dos, y mi esposo o esposa regirá conmigo los destinos de Aarkon.

Luis Zamp sintió la amarga sensación del fracaso. Ankon II podía ser mujer y enamorarse de él. ¡Pero también podía ser hombre y enamorarse de la mujer que él amaba!

CAPÍTULO VII

Aquella noche, bajo la más extraña iluminación que Luis había visto en toda su existencia, se celebró un banquete en una de las salas del palacio de Cristal Rosado, en honor a los representantes de la Tierra.

Allí no estaban todos los tripulantes de la nave espacial «Zeus». Luis supo que algunos estaban al cuidado de la nave, en el espaciódromo de Kiolko, mientras que unos pocos se encontraban en un sanatorio. Sus organismos no se habían adaptado totalmente a la atmósfera de Aarkon.

En el banquete estaban, sin embargo, Luis, Alicia, el oficial de navegación Sinner, el oficial de máquinas, Dee, Joor, un navegante y otros seis más.

El salón de espacioso y se habían colocado largas mesas, al estilo medieval, ocupando el puesto de honor Ankon II, a cuya derecha se encontraba Luis. Alicia Dowan estaba sentada a la izquierda del soberano.

Al otro lado, a su derecha, Luis tenía al «Awwa» Ceeo, de quien supo que se estaba preparando una enorme operación militar a las montañas Ugkalas.

—Lo mismo mandaré las tropas. El soberano quiere que venga usted con nosotros —dijo Ceeo, bebiendo de una copa de cristal rosado un líquido transparente y aromático.

—¿Vamos a buscar a Renko Dexer? —preguntó Luis.

—Efectivamente.

—¿Para qué me necesitan a mí? Yo no conozco el terreno.

—Las montañas Ugkalas no se pueden conocer nunca. Es un paraje lleno de galerías volcánicas. Los hombres de Renko debieron encontrar un camino hacia el exterior y es presumible que salieran por los miles de agujeros de los Ugkalas —dijo el «Awwa» Ceeo, sonriendo—. El soberano me ha dicho que piensa entregaros a esos hombres, para que se les juzgue en la Tierra. Es muy magnánimo.

—Sí —contestó Luis en tono suspicaz.

¡Lo asombroso no era la conversación en sí, sino que el «Awwa» Ceeo hubiese aprendido el lenguaje de Luis en menos de veinticuatro horas!

Pero Luis no estaba dispuesto a sorprenderse de nada. Sabía que en Aarkon el tiempo no existía y de lo que no estaba seguro era que hubiesen transcurrido veinticuatro horas terrestres desde que llegó a Apkuman y habló con Ankon II.

Luego había vuelto con sus compañeros. Vio a Alicia, habló con ella de la entrevista con el soberano de Aarkon, comieron y se retiraron a descansar.

El sueño pudo ser largo. Pudieron administrarles alguna droga, pero Luis se despertó, «a la mañana siguiente», confortado y descansado. Se lavó, se vistió y luego salió a pasear por el jardín, donde se encontró con Alicia y Heinz Sinner. Las impresiones de todos ellos eran fantásticas. Creía estar en un país de ensueño.

Por la mañana fueron, acompañados por cuatro esbeltos guardianes plateados, a ver la ciudad, se mezclaron entre la gente y Alicia habló con varios aarkones, interesándose por su vida en Apkuman. Se les invitó a beber y a comer en aquellas casas sin paredes, donde todo se hacía a la vista de los demás. Incluso vieron a un individuo cuidar de una criatura recién nacida. El progenitor ni siquiera se había sentido indispuesto.

Descendieron a las vías de comunicación subterránea y hasta viajaron hasta una plantación hortícola, donde se cosechaban grandes extensiones de un grano que luego convertían en algo parecido a la harina. Allí les explicaron cómo se sembraba y recolectaba el grano, que luego pasaba a las fábricas de conservas.

De regreso al palacio de Cristal Rosado, comieron en privado. El Gran Chambelán Evemea les anunció que debían descansar, puesto que al anochecer, el soberano daba un banquete en honor de sus invitados.

¡Y en tan breve lapso de tiempo el «Awwa» Ceeo había aprendido la lengua de Luis!

—¿Cómo lo ha logrado, «Awwa»?.

—Por mediación de Ekrama. He estado en la escuela de Ciencias. Ekrama está realizando una excelente labor allí. Si le digo cómo se hacen estas cosas, no me entendería. «Ellel» —Ceeo sonrió al pronunciar el nombre— se coloca un casco. Yo me pongo otro. Estamos unidos por unos cables que entran y salen de un reactor selectivo de ideas. Se acelera considerablemente la velocidad y el nuevo lenguaje, con todas sus derivaciones y sentidos, giros, modismos y frases adverbiales, pasa de una mente a otra.

—¡Increíble!

—Más increíble parece para mí que una nave terrestre desarrolle velocidades hiperlumínicas. Nosotros estuvimos casi un año para llegar hasta la barrera orbital «Plutón-18» y otro tanto para regresar.

—¿Fue usted quien atacó nuestras defensas?

—Yo no llegue tan lejos. Dirigí la operación por radio… Y, por cierto, Ekrama me ha explicado que poseen ustedes un procedimiento de comunicaciones instantáneas, llamado de radiación consecutiva.

Luis sonrió. Fue a replicar, pero Ankon II, que había estado hablando con Alicia, le tocó el brazo, obligándole a volverse.

—Coronel Zamp, por favor.

—Sí, majestad.

—¿Estáis muy enamorado de Alicia Dowan?

—Sí, majestad.

—¿No os importaría cedérmela? Es una mujer

muy inteligente.

—Majestad, nuestros sentimientos son muy particulares. En la Tierra entendemos que hay lazos indisolubles…

—Perdone, coronel Zamp —atajó Ankon II—. He pensado que un rey de sexo varón sería muy conveniente para mi pueblo. Alicia Dowan podría ser la madre de los futuros reyes de Aarkon.

Zamp se mordió los labios.

—Intentaré oponerme a eso, majestad —replicó dignamente.

—¿Con riesgo de incurrir en mi enojo? ¿Qué clase de embajador de paz sois, coronel Zamp?

—Procuro, por todos los medios, gozar de la estimación de su majestad. Y si no hubiese más remedio de renunciar a mis sentimientos personales, lo haría en beneficio de nuestros pueblos. Pero no lo haría sin manifestar mi oposición.

—Sois sincero, coronel Zamp. Y eso me agrada. Creo que puedo confiar en usted. De todas formas, es un decir. Todavía no me he decidido por nada definitivo. Aunque os advierto que corréis también el peligro de caer en mis redes… ¡Y no os fiéis de «Awwa» Ceeo; es uno de mis nobles más ambiciosos!

El «Awwa» de Kiolko sonrió e intervino para decir:

—No encontrará su majestad entre todos los súbditos un servidor más fiel que yo.

—Lo sé, mi buen amigó Ceeo. Estaba hablando en broma, en honor de nuestros invitados… ¡Ahora vie-

nen las bailarinas de Kaaper!

Efectivamente, como deslizándose sobre el suelo de cristal con sus bonitos pies descalzos, un nutrido grupo de bailarinas aarkonas penetró en el salón, empezando a evolucionar a un ritmo extraño y subyugante. Ninguno de los terrestres había presenciado jamás una danza de matices tan exóticos y artísticos como aquéllos. Las bailarinas, en rápidos compases, casi como zarpazos, evolucionaban maravillosamente, contorsionando sus cuerpos, pasando bajo las arqueadas espaldas de los otros, retorciéndose y saltando, todo siempre al compás de la flotante música.

No habían terminado las bailarinas, cuando Ankon II dijo:

—También quisiera ser como Alicia Dowan, coronel Zamp… ¡Me gustaría sentirme mujer y saberme amada por un hombre como usted!

—Creo que su majestad se deja influir por la novedad. Os aconsejo que esperéis a conocer a otros dignatarios terrestres. Nosotros no somos los únicos ejemplares de nuestra raza.

—De los presentes, sois los más apuestos. Y eso me agrada. He conocido otros seres de vuestra raza y ninguno me ha agradado. Además, yo era entonces muy joven y no sentía inquietudes.

—Si su majestad se propone separarnos, nos hará muy desdichados —intervino Alicia.

—No os inquietéis, amigos míos —dijo Ankon II sonriendo—. Habré de resignarme. Sin embargo, el

coronel Zamp me hará un señalado servicio yendo a los montes Ugkalas y convenciendo a Renko Dexer para que regrese a la Tierra.

Luis Zamp tuvo en aquel instante el presentimiento de que Ankon II pretendía utilizarle como instrumento para conseguir sus fines, y se dijo que éstos podían ser muy distintos a los que manifestaba.

Sin embargo, su premonición se disipó rápidamente con la cena, la música y la danza fascinante de las bailarinas de Kaaper.

Y después, paseando por el jardín envueltos en la maravillosa luz rosada que despedía el palacio de cristal, todos sus temores se esfumaron por completo. Supo, por Ankon II, que los sabios aarkones deseaban conocer muchos secretos de la ciencia terrestre y que ambas razas podían complementarse en su propio beneficio.

* * *

Luis despertó con la vaga inquietud de haber dormido durante varias semanas seguidas. Se cubrió con una bata de satén y pasó al baño contiguo, donde los siervos del palacio habían preparado el agua con sales aromáticas.

Mientras se bañaba en una pila de cristal, pensó en que aquel era el día en que debía partir con el ejército del «Awwa» Ceeo hacia los montes Ugkalas, en busca de Renko Dexer.

Todo había sido estudiado la víspera… ¿La víspera o cuándo? Ni siquiera sabía Luis el tiempo que llevaba en Apkuman. Desprovisto de relojes, viviendo horas que le parecían días, sin noción aparente de la realidad, los días también se le parecían larguísimos, y, sin duda, eran mucho más largos que en la Tierra.

Se estaba vistiendo cuando se descorrió la puerta electrónica y apareció un sirviente de facciones hermosas y femeninas.

—Coronel Zamp, el magistrado del rey en Kiolko os espera en la sala magna. Dice que acudáis allí rápidamente. Su majestad no tardará en llegar.

—Todavía no he desayunado, Kelve.

—Allí se os ha preparado el desayuno, coronel.

—Bien, dile al «Awwa» Ceeo que en seguida estaré con él.

El sirviente inclinó la cabeza y salió. Un minuto después, Luis salía también, para dirigirse a la «suite» de Alicia. Pero su sorpresa fue grande al entrar y verlo todo perfectamente ordenado y limpio… ¡Y Alicia Dowan no estaba allí!

Salió y entró en la cámara de Heinz Sinner. También estaba vacía. Pudo comprobar que ninguno de sus compañeros se encontraba en su alojamiento. Perplejo, se dirigió hacia el vestíbulo, donde vio guardias plateados en mayor número que otras veces.

Evemea estaba al pie de la escalera principal. Fue hacia él y le saludó. El Gran Chambelán, muy serio,

correspondió a su saludo y le indicó el camino hacia la Sala Magna.

Luis subió la escalera, avanzó por el corredor circular y llegó hasta la gran puerta que daba acceso a la Sala Magna, que era una especie de salón del trono, oficial, donde un muro de cristal deslizante separaba la sala de audiencias y reuniones del aposento real, en el que había las máquinas más complicadas, silenciosas y útiles.

En aquel momento, el muro deslizante estaba descorrido. Y Luis pudo ver al «Awwa» Ceeo, con uniforme plateado de campaña, rodeado de varios de sus altos oficiales. Parecían estar estudiando un mapa en relieve.

Al entrar Luis, Ceeo se volvió, sonrió y señaló a Luis una mesita contigua, con tres cubiertos.

—Siéntese ahí, coronel Zamp. Mi Estado Mayor va a retirarse ahora mismo y su majestad no tardará en llegar. Vamos a desayunar los tres juntos.

—¿Dónde están mis compañeros?

—Salieron ayer con la noble Dealna —contestó el «Awwa» Ceeo.

—¿Ayer?

—Sí. No se sorprenda, coronel Zamp. Usted descansaba. Usted debía venir hoy conmigo. Ellos tienen que hacer otras cosas importantes, relativas a la ciencia. Nosotros somos estrategas…—Ceeo se interrumpió para dar una orden a sus oficiales, los cuales saludaron con la cabeza y salieron.

—Debieron decirme algo, al menos.

—Usted necesitaba descansar. Siéntese, por favor. Hoy vamos a tener un día agitado y laborioso. Ya vera en ese mapa que los montes Ugkalas son difíciles. Tenía usted que estar fuerte y descansado. Conocemos sus limitaciones.

—¿Me administraron un somnífero?

—No, exactamente. La ventilación de su alojamiento absorbió un gas revificador para prolongar su sueño. Fue orden de su majestad… ¡Ah, ahí le tenemos!

Luis se volvió. Ankon II, ataviada con ropas, vaporosas y transparentes, parecía haberse materializado en el centro de la Sala Magna. Aparecía sonriente, cubierto de gemas y collares plateados y, al caminar, su cuerpo se cimbreaba provocativamente.

—Buenos días, coronel Zamp. He querido venir a despedirle, antes de emprender su arriesgada aventura.

—¿Arriesgada?

—Sí. Lógicamente, Renko Dexer no se dejará capturar sin lucha.

—¿Y el Ejército?

—El Ejército no sirve para nada en los montes Ugkalas —dijo Ceeo—. Hemos intentado muchas veces apresar a los evadidos, pero sin éxito. Más confiamos en usted que en nuestros diez mil soldados provistos de «paralizadores».

—¿Cuál es el plan? —preguntó Luis.

—Muy sencillo. Usted, desconectado de nosotros,

intentará llegar hasta Renko. Usted es terrestre. Ellos se dejarán ver de usted y le conducirán hasta el cabecilla. Deben saber que han llegado terrestres en misión de paz. Querrán tener noticias de su mundo. Usted se las facilitará., Exigirá que se entreguen para ser conducidos a la Tierra, donde les juzgarán sus gobernantes. Es lo justo.

¡La sensación de que estaban engañándole se acentuó en Luis!

—Desayunemos, amigo mío —dijo Ankon II—. Mientras podremos hablar.

Se sentaron en torno a la mesa. Luis miró las máquinas que tenían a su alrededor y apuntó:

—¿Va usted a pasar el día aquí, majestad?

—Sí. Deseo estar al corriente de la operación.

—¿Tanto os interesa capturar a Renko Dexer?

—Quiero restablecer la paz en mi mundo. Esos rebeldes me enojan. Ya no les guardo rencor por la muerte de mi padre. Deseo que se marchen y nos dejen en paz. Nos causan muchos trastornos y sus ataques se vuelven cada vez más audaces.

—Esos hombres viven en un mundo hostil y luchan por su supervivencia —señaló Luis cautelosamente.

—Sí, sí —replicó Ankon II—. Confío en usted, coronel Zamp. Localice el refugio de Renko y convénzale para que se entregue.

—Creo que no se entregará. Pensará que le estamos engañando.

—Usted debe convencerlo de que no es cierto.

«¡Es que ni yo estoy convencido!», se dijo Luis, sabiendo que sus pensamientos estaban siendo escudriñados por los dos hermosos seres feminoides que tenía delante.

—Créame, coronel Zamp —habló Ankon II, con un extraño brillo en los ojos—. Renko ha sabido aprovecharse de los accidentes del terreno. Si destruimos los montes Ugkalas, cuyas galerías comunican con las entrañas de este planeta, posiblemente ocurriría una catástrofe geológica o sísmica.

»E1 Ejército rodeará el lugar. Usted será conducido donde suponemos que se refugian Renko y sus seguidores. Los buscará y ellos le saldrán al paso. Pídales que les lleven ante Renko y dígale luego a éste que, si lo desea, en la misma nave "Zeus" que llegó usted podrán volver a la Tierra.

—Sí —asintió Luis instintivamente, comprendiendo que Ankon II estaba tratando de hipnotizarle—. Eso haré. Pero ¿no serán capturados y muertos cuando vayan a embarcar?

—No. Le doy mi palabra de rey.

—Su palabra me basta, majestad.

Ankon II sonrió, creyendo haber logrado su objetivo.

* * *

Luego, como entre brumas, Luis se sintió acom-

pañado por el «Awwa» Ceeo hasta una nave planeadora que había en el jardín del palacio. Allí embarcaron, la nave despegó sin ruido, y, en pocos minutos, Apkuman quedaba atrás, envuelto en los destellos refulgentes del sol, aquel astro brillante, pero que no parecía calentar tanto como el de la Tierra.

Luis Zamp no se daba exacta cuenta de lo que estaba ocurriendo. Sostenía una incruenta y constante lucha consigo mismo, contra su mente, que parecía haberse ausentado de él.

Creía saber que le habían hipnotizado, drogado e influido sobre él para que actuase en contra de su propia voluntad. Sin embargo, no estaba seguro de la realidad. No podía sustraerse del todo a la vaga sensación de haber perdido algo puramente suyo.

Continuaba viendo al «Awwa» Ceeo. Escuchaba sus palabras y sus explicaciones acerca de los terrenos, lagos, ríos y mares que iban dejando atrás en su rápido vuelo sobre Aarkon.

Pese a esta sensación de ausencia, Luis Zamp iba ganando la lucha consigo mismo y su mente empezaba a recuperarse, gracias al enorme dominio de su mente sobre su voluntad férrea, que siempre había gobernado sus actos.

Así, inclinado en su asiento, mirando a través de una pantalla que más parecía un cristal que le permitía ver el paisaje, empezó a vislumbrar la realidad.

—Llegaremos dentro de poco, coronel Zamp —le estaba diciendo Ceeo—. Mi ejército rodea ya todo el

terreno en cientos de kilómetros. Vamos a tomar tierra en uno de los lugares más inaccesibles de los montes Ugkalas, que no son muy elevados, desde luego, pero sí sumamente intrincados y complicados.

—Encontraré a Renko Dexer —musitó Luis, fingiéndose más aturdido de lo que en realidad estaba.

—Estamos seguros de ello, coronel. Nosotros le dejaremos allí. No debe preocuparse de nada más. Le dejaremos una bolsa con alimentos y agua. Puede pasar algún tiempo antes de que establezca contacto con la banda de Renko.

—¿Se avendrá Renko a dejar su madriguera para regresar a la Tierra conmigo?

—Debe usted tratar de convencerle. Si desafió a mi escuadra para llegar a este planeta, ahora, con más motivo, convencerá a Renko en beneficio de las buenas relaciones de nuestras razas.

CAPÍTULO VIII

La nave «planeadora» se acercó silenciosamente, y Luis Zamp quedó solo sobre el reducido plano negro, rodeado de rocas, también negras y siniestras.

El silencio era allí impresionante.

Aquel paraje no podía ser comparado con nada de lo que hubiese visto Luis anteriormente en ninguna parte. Aquélla parecía ser una inmensa carbonera natural, de enormes rocas irregulares, escarpaduras, taludes, pasos difíciles y resbaladizos, bajo un sol intenso, pero no caliente.

Miró en torno suyo. Sujetaba aquella especie de bolsa conteniendo alimentos y agua, que le había entregado uno de los ayudantes del «Awwa» Ceeo.

La nave se perdió en la distancia, terminando por desaparecer totalmente, con lo que la sensación de soledad aumentó en Luis.

—Bueno. Hay que decidirse por un camino u otro —se dijo, malhumorado—. Espero haber dominado la impresión de control que pesaba sobre mi mente. Está claro que han intentado hipnotizarme, sin éxito… ¿Hacia dónde voy?

Eligió un rumbo al azar. No buscaba concretamente a nadie. Esperaba que le encontrase alguien. Si en aquellos parajes extraños estaban ocultos los rebeldes terrestres, alguien le descubriría.

Su atuendo plateado destacaba en medio de la negrura volcánica del terreno.

Así, empezó a trepar por una especie de rampa. Por suerte, llevaba unos adherentes a las livianas y sólidas botas, que se afirmaban perfectamente al terreno, lo que facilitaba su caminar.

Al cabo de un rato, Luis tuvo la certeza de haberse librado enteramente de las brumas transmitidas por la hipnosis de Ankon II. Y esto le consoló extraordinariamente.

—No pienso hacer el juego a ese feminoide. Hablaré con Renko, si le encuentro y cambiaremos impresiones sobre la situación antes de hacer nada. Claro que el destino de Alicia y los otros me preocupa… ¡No, no puedo hacer planes prematuros todavía!

Alcanzó una roca elevada, desde donde se divisaba un impresionante paisaje de aquellos montes siniestros. Ugkala significaba en aarkon Espíritu Maligno, aunque los aborígenes de aquel planeta no eran muy supersticiosos, según había sabido, y sólo conservaban sus antiguas costumbres.

Se sentó y estuvo un rato mirando a su alrededor.

De pronto, captó un destello en la distancia. Procedía de una vertiente oscura, al parecer llena de grietas, las cuales abundaban por todas partes, y Luis no había querido aventurarse por ninguna de ellas al intuir que esto dificultaría su labor. Era necesario mantenerse en el exterior, para ser descubierto. Presentía que los rebeldes de Renko debían tener alguna especie de vigilancia con el exterior.

Y el destello se mantuvo durante un rato, para desaparecer poco después.

—Allí hay alguien —se dijo Luis, en voz alta—. Ése es el camino que debo seguir.

Eligió el camino y se puso en marcha de nuevo. Cada vez se sentía más ligero, desposeído su cerebro de brumas y con una conciencia clara de que Ankon II había pretendido utilizarle como instrumento para obtener sus inconfesados deseos.

Ahora estaba seguro Luis de que el soberano de Aarkon sólo se proponía capturar a Renko Dexer y no cumplir ninguna de sus promesas.

Algún tiempo después, cuando avanzaba por una especie de encajonadura natural, a modo de quebrada o enorme grieta cubierta de piedras sueltas, oyó un chisporroteo a su espalda que le hizo volverse y ladearse al mismo tiempo, a la vez que veía una especie de rayo azulado trazando un surco ígneo en el suelo, ¡y que procedía de lo alto de la quebrada!

Se ladeó, pegándose al muro, a la vez que gritaba:

—¡No disparéis! ¡He venido a ver a Renko!

El rayo ígneo aún avanzó unos metros, zigzagueante. Luego, desapareció de súbito.

Pese a que miraba hacia arriba, desde donde se encontraba, protegido por un saliente del muro, Luis no podía ver a su agresor, y menos la clase de arma empleada contra él. Pero el humo y el mineral licuado por el rayo le indicó cuál habría sido su suerte, de ser alcanzado.

—¡No soy aarkon! —volvió a gritar.

—Sal de donde estás para que te vea bien —respondió una voz, en lengua terrestre—. Los aarkones pueden aprender nuestro idioma en poco tiempo. ¿Quién eres y qué haces aquí?

Luis se despegó del muro y se situó en el centro de la quebrada, mirando hacia arriba. Entonces vio a dos seres de revuelta cabellera y pobladas barbas, que le apuntaban con armas parecidas a las que había visto en manos de los guardianes aarkones.

—Soy el coronel Luis Zamp, de la Fuerza Espacial terrestre.

—¡Ah, hemos oído hablar de usted, coronel Zamp! Sabíamos que una nave terrestre había llegado a Kiolko.

—¿Pueden conducirme a presencia de Renko Dexer? —preguntó Luis.

—Sí, eso haremos. Pero antes tomaremos algunas precauciones. ¿Por qué ha venido? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Me han traído los aarkones. Quieren que pacte con Renko.

Una carcajada contestó a las palabras de Luis.

—¿Pactar con nosotros? ¿Cree usted que estamos locos? Estamos seguros de que esto es un truco. Pero no importa. Ellos no pueden llegar hasta nosotros. Eliminaríamos a todo su ejército si lo intentaran.

El que reía terminó de hacerlo y cortó a su compañero, gritando:

—Deje ahí esa bolsa que lleva y camine hacia de-

lante. Luego, se quitará la ropa y le daremos un vestido hecho por nosotros. No nos fiamos en absoluto de los aarkones.

Luis obedeció, abandonando la bolsa de las provisiones. Al llegar al extremo de la quebrada, empezó a despojarse del traje plateado, quedando únicamente con su breve atuendo interior.

Al terminar de desvestirse, aparecieron varios hombres barbudos, todos armados con las pequeñas cajas blancas que parecían contener un rayo desintegrante.

Todos vestían miserablemente, ropas burdas de tejido vegetal, muy raídas. Llevaban botas aarkonas, casi invisibles y, evidentemente, eran coterráneos suyos.

Uno se acercó, arma en mano, mientras los otros se mantenían distanciados. El que parecía ser el jefe tenía ojos grises, barba mezclada de gris y de su espalda pendía un extraño artefacto, con el que pareció detectar algo que hubiese oculto en las ropas de Luis, porque dijo, tras un breve examen:

—Puede usted vestirse. Mi nombre es Bernard. Soy oficial de navegación civil espacial. ¿Quién es usted?

—El coronel Luis Zamp, enviado del Gobierno Federado Mundial, en misión de paz con los aarkones.

—¿Están locos en la Tierra? ¿No saben quiénes son esos medio hombres?

—Hemos tenido una tripulación aarkona durante tres años en nuestro poder. Por ellos hemos sabido la

suerte que corrieron ustedes y cómo les han tratado.

—Uno se busca la suerte que se merece, coronel —replicó Bernard tristemente—. No creo que ignore usted nuestro origen. Somos evadidos de prisiones orbitales, rebeldes y prófugos. Pero si escapamos de la justicia en la Tierra, caímos en un auténtico infierno al ser capturados por esa raza maldita de afeminados.

—Sí, algo sé de eso. Y presiento que el rey Ankon II me ha enviado aquí con la intención de tenderles a ustedes una emboscada.

—¡Pestes contra ese cachorro de hiena! —exclamó

Bernard—. Es capaz de todo con tal de exterminarnos… Bueno, será mejor que hable usted con Renko Dexer y le exponga todo cuanto tenga que decirle. Le advierto que nuestro jefe está enfermo y no puede abandonar el lecho…

* * *

Efectivamente, Renko Dexer estaba sobre un jergón, en el interior de una caverna, para llegar a la cual hubo de cruzar Luis interminables galerías, donde jugaban unos niños de facciones extrañas. Bernard le había dicho que tales pequeños eran la consecuencia de la unión de las dos razas.

Vio a una mujer aarkona junto al lecho de Renko. Sus ojos, su piel, su cabello y hasta su forma de ves-

tir, la denunciaba como oriunda de aquel planeta… ¡Y, sin embargo, la mujer estaba amamantando a un bebé!

Esto era nuevo para Luis. Pero Renko, al levantar la cabeza para hablarle, le hizo distraer su atención.

Renko Dexer aparentaba unos cincuenta años. Había muchas canas en su cabeza y su rostro barbudo estaba surcado de arrugas. Estaba desnudo bajo la manta que le cubría y mostraba el pecho y una lívida cicatriz junto al hombro.

—¿Renko Dexer? —preguntó Luis.

—¿El coronel Zamp? —retrucó el enfermo.

—Sí. —Estaba seguro de que le enviarían a verme. Conozco a esos seres hermafroditas. Viven obcecados conmigo desde que logré escapar de sus malditas galerías de Vergre, que es el demonio aarkon, y maté a Ankon I… ¡Debí matar también a su vástago!

—Ankon II me ha enviado. El pretexto es que se entregue usted y venga conmigo a la Tierra, para ser juzgado.

Al hablar, Luis miró a la mujer que amamantaba el bebé, quien debía conocer la lengua terrestre porque el temor asomó a sus ojos.

—No temas, Kreva —dijo Renko—. No caeré en esa estúpida trampa. Además, pronto se librarán de mí tus congéneres… Aunque tú ya no eres como ellos, Kreva.

—Soy tu mujer, Renko… Y éste es tu hijo.

Renko Dexer sonrió tiernamente a su esposa.

—Sí, Kreva. Eres mi mujer… ¿Sabía usted que los aarkones pueden tener hijos nuestros, coronel Zamp?

—Sí. Lo averiguamos en la Tierra.

—Hace muchos años que salí de allí. Lo que hice ya no importa. Me condenaron a veinte años de encierro, me fugué en una nave comercial y salí a los espacios abiertos. Quería instalarme en algún mundo habitable, pero los aarkones nos capturaron. No fui el primero ni el último. Habían otros prisioneros… Incluso gentes que habían sido secuestrados en nuestras colonias. A muchos los mataron para estudiar sus cuerpos. A otros les abrieron en vivo para verles latir el corazón. La ciencia aarkona quería saber de nosotros, en nuestra propia carne —habló Renko tristemente—. Yo me rebelé contra eso y logré escapar con treinta y dos personas, mujeres y niños… ¡Sufra usted por los pequeños nacidos entre nosotros en la oscuridad de las galerías malditas!

—Lo siento, Renko.

—Una cosa es sentirlo y otra muy distinta vivirlo. La muerte nada tiene que compararse con esa otra muerte en la oscuridad, donde los ojos terminan por no ver. Allí se contrae una enfermedad que nos va minando lentamente, que nos corroe por dentro, haciéndonos sufrir horriblemente.

«Nosotros no estamos hechos para vivir encerrados en la más espantosa oscuridad. Y sólo nos daban unas tortas fétidas para no morir de hambre que comíamos mezcladas con agua negruzca, de la que se filtra entre las rocas.

«¿Matar a Ankon I? ¡Debíamos haber terminado con todos ellos! Coraje no nos faltó. Yo encontré una salida, buscando incansablemente. Conseguimos unas armas y atacamos una factoría. Luego, fuimos a buscar la libertad al palacio de Cristal Rosado. Sorprendimos a la guardia y alcanzamos al monarca, que se negó a dejarnos huir. Bernard le mató.

Luis se volvió a mirar al silencioso Bernard, que estaba de pie ante la entrada de la caverna.

—Sí, yo lo maté. De los nuestros murieron ocho poco después —dijo el lugarteniente de Renko.

—Y así hemos vivido desde entonces. Aquí los días son como siglos… No se acaban nunca.

—Lo lamento profundamente, Renko —habló Luis —. No creo que se pueda hacer nada. Para aliviar vuestra situación, debo regresar a la Tierra.

—¡No le dejarán volver! —gritó Renko.

—Eso me temo. Mi historia es ésta…

Luis estuvo hablando durante largo rato contando su aventura, desde que fue elegido por su hermano Giano para realizar la misión de embajada, con todos los incidentes que ocurrieron en la "Zeus", su salto al espacio cuando creyó que la astronave iba a estrellarse contra una barrera magnética y luego el extraño cambio de actitud de Ankon II y la cordial acogida que tuvieron a su llegada a Apkuman.

Mientras Luis hablaba, Renko había mirado varias veces a Kreva, como consultándola con su mirada febril. Y cuando terminó, Renko dijo:

—Apuesto a que está usted hipnotizado, coronel

Zamp.

—Apuesta perdida, Renko. Logré evadirme de su influjo.

—No te extrañe, Renko —dijo Kreva—. Ankon II es muy joven. Debió creer en su fuerza mental y prohibió al «Awwa» Ceeo que interviniera… Puede que con una mente débil haya tenido éxito, pero sé que el coronel Zamp antes se dejaría destruir el cerebro que caer en la hipnosis.

—Kreva es una inteligente mujer aarkona —dijo Renko—. Confío en su sano juicio. Fue noble en el palacio de Cristal Rosado. Allí creen que la matamos, pero vive y conoce bien todo lo que pasa en Apkuman.

Kreva había dejado ya de amamantar a su bebé. Se levantó y fue a depositarlo en una especie de hornacina con barandilla, practicada en el muro. Al ponerse en pie, Luis vio que se trataba de una esbelta mujer.

—Ese niño, ¿es de ustedes dos?

—Sí. Nuestro segundo hijo. Peter debe estar intentando mantenerse en pie por ahí fuera —dijo Renko—. Bien, desde luego, no pienso ir con usted a Kiolko a tomar su nave. Por descontado que no llegaría a embarcar. Y créame, coronel, que me gustaría volver a la Tierra antes de morir.

»Lo malo de su situación está en sus compañeros. Son rehenes ele Ceeo. Eso es evidente. Si usted vuelve con ellos, será encerrado en las galerías del Vergre y allí morirá. Ahora toman medidas para que

nadie más vuelva a escapar.

»Por lo tanto, mi consejo es que se quede usted aquí.

—No puedo hacerlo, Renko.

—¿Se da usted cuenta de lo que dice, coronel Zamp?

—Perfectamente. Me doy cuenta. He de tratar, por todos los medios, de conseguir el objetivo que me trajo aquí.

—¡Quítese esa idea de la cabeza! Ya sabe que Ankon II le ha utilizado como instrumento para atraparme. Es innegable. En primer lugar, yo no le dejaré abandonar este refugio, porque podría descubrirme. Ellos leerían su mente. Y si pudiera usted escaparse de aquí, la suerte que le espera es peor que nuestra desagradable compañía.

—No se trata de eso, Renko —replicó Luis.

—¿De qué se trata, pues? ¿No me he explicado bien?

—Sí, perfectamente. Pero yo volveré a Apkuman y veré a Ankon II, de un modo u otro.

—¡Vaya, es usted obstinado! ¿Qué te parece, Kreva?

La mujer no respondió. Lentamente, se acercó a Luis y le puso la mano sobre el pecho.

—Usted es valiente, coronel Zamp. Lo estoy viendo en su cerebro. Ankon II también lo habrá visto. —Se volvió a su marido y añadió—: Él puede hacer más que nosotros, Renko.

—¿Más que yo? ¿Más que cincuenta personas ar-

madas? ¿Más que Bernard y que Still?

—Sí, Renko. Déjale que hable.

Bernard se acercó al lecho de Renko y declaró:

—Le disparamos y eludió el rayo con una celeridad extraordinaria. Creímos que era un guardia aarkon.

—¿Qué has visto en su corazón? —preguntó Renko.

—Yo no puedo leer en el corazón, Renko —contestó Kreva—. Pero la mente del coronel Zamp es maravillosa. No sé si desprecia a la muerte o no la teme. Sé que está seguro de tener éxito, por las buenas o por la fuerza. Su poder combativo es extraordinario. Si le ayudamos, él nos puede ayudar.

—¿Ayudar? ¿En qué?

—Debemos ayudarle a regresar al Palacio de Cristal Rosado. Nosotros podemos pasar por las galerías y llegar más allá de donde está el ejército del cacique de Kiolko. Ellos creerán que estamos aquí, dialogando, y, sin que nos vean, llegaremos a Apkuman.

—¿Es eso lo que está usted pensando, coronel Zamp? —preguntó Renko.

—Sí. Quiero apoderarme de Ankon II y llevarlo a la Tierra.

—¡Su audacia es extraordinaria! Pero el Gran Chambelán tratará de impedirlo y, si no lo consigue, destruirá al monarca y se erigirá él como sucesor o bien nombrará a otro.

—¡Antes de irme, mataré a Evemea! —dijo Luis

Zamp.

—¿Y cree usted que la guardia le dejará hacer eso? —preguntó Bernard, secamente.

—Estoy seguro que tratarán de impedírmelo —respondió Luis, seguro de sí mismo.

—Él lo hará —dijo Kreva en tono profético.

—¡Él cometerá un disparate! —rugió Bernard.

—¡Cállate, Bernard! —gritó Renko—. Debemos confiar en la claridad de Kreva. Hasta ahora, ha demostrado saber más que nosotros respecto a lo que pensamos todos.

—¡Tú estás moribundo, Renko! ¡Yo tengo la responsabilidad de todos nosotros! ¡Si salimos de aquí, nos cazarán! ¡Esto puede ser una trampa para llevarnos a Apkuman! ¿A qué, si no, ha venido este hombre?

—No hay dobles en su mente, Bernard —replicó Kreva—. He analizado y leído sus pensamientos. Ha dicho toda la verdad. Y sé que es capaz de conseguir su propósito. Si mata a Evemea y rapta al débil soberano, nadie se atreverá a mover un dedo contra ellos. El desconcierto reinará en Aarkon y, sin duda, se abrirá la barrera magnética para que la nave «Zeus» pueda regresar a la Tierra… ¡Es la única oportunidad que tenemos de salvar a Renko!

—Yo no les aseguro que Renko sea indultado —dijo Luis—. Aunque intercederé ante mi hermano para conseguirlo, si ustedes me ayudan ahora. Creo que con lo que han sufrido aquí ya han pagado bastante sus delitos.

—Me gustaría volver a la Tierra —habló Renko—. Aunque sólo fuese para morir allí. Aquél es nuestro mundo, Bernard. Allí nacimos… ¡Ah, si pudiera llegar! ¡Kreva, avisa a Still y a Morrey! ¡Que vengan aquí inmediatamente!

Kreva salió de la caverna y Bernard dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo, impotente. Todavía empuñaba su arma.

—Cometemos una locura, Renko. Esto puede ser trágico… Vamos a no dudar de la clarividencia de Kreva. Pero, ¿y si este hombre fracasa?

—Si el coronel Zamp fracasa… ¡se habrá desvanecido un hermoso sueño, Bernard! Por eso luchamos y vale la pena morir.

La voz de Kreva sonó en el exterior, llamando:

—¡Still…! ¡Morrey! ¡Venid acá!

CAPÍTULO IX

Alien Morrey era mayor que Hugo Still. Y ambos parecían tener alma de forajidos. Luis Zamp los catalogó inmediatamente y sintió un ligero estremecimiento cuando le estrecharon la mano al saludarle.

—Oídme —habló Renko—. Iréis con el coronel Zamp a Apkuman. Como Bernard no tiene fe en la operación, se quedará aquí, al cuidado de las mujeres y los niños. Iréis diez y llevaréis ropas negras y los «látigos de fuego».

Los dos rufianes sonrieron.

—¿A Apkuman? ¿No hay mucha distancia? —preguntó Alien Morrey.

—Sí. Eso no importa. Os pondréis en camino inmediatamente por el paso del canal tercero. Saldréis al puerto de Taema. Allí podéis tomar una lancha.

«Cuidad bien de embarcar al anochecer. Podréis llegar a Apkuman al amanecer del siguiente día. Allí dormiréis, ocultos y entraréis en funciones por la noche. ¿Está claro?

—Claro como la luz de afuera —respondió Hugo

Still, para volverse a mirar a Luis—. Este tipo, ¿es de fiar?

—Kreva dice que sí. Acataréis sus órdenes. Dadle un «látigo« y enseñarle su manejo durante la marcha.

—Para llegar al puerto de Taema esta noche, hemos de salir de aquí ahora mismo —observó Morrey.

—Es que sólo tenéis unos minutos para prepararlo todo —replicó Renko—. Y recordad que, si todo sale bien, debéis venir a buscarme en una «planeadora».

—¿Qué es lo que tiene que salir bien?

—El coronel Zamp se propone secuestrar a Ankon II.

—¡Cuerpos coloreados! —exclamó Still, atónito.

—Si fuera tan fácil decirlo como hacerlo —murmuró Bernard.

—La idea me gusta —añadió Morrey—. Podemos llevar los cascos de «caolita» y las gafas de ranuras. No quisiera morir de parálisis cerebral.

—Desde luego, tenéis que ir bien equipados. Y no hablemos más. Bernard os acompañará hasta la entrada del canal tercero… Adiós, coronel Zamp, no sé si creerá usted que voy a estar rezando tres días para que todo le salga bien.

—¡Se me hace muy difícil creer eso de usted, Renko! —replicó Luis, sonriendo.

—Es usted todo un tipo, coronel.

Luis estrechó la mano del enfermo y luego hizo lo mismo con Kreva, a la que dijo:

—Gracias por todo, Kreva. Cuide de Renko. Haré que vuelva a ver la Tierra.

La aarkona bajó la cabeza en señal de saludo y Luis abandonó la caverna, acompañado de los tres hombres barbudos. Recorrieron una serie de galerías donde ardían unas pequeñas lámparas que alum-

braban el camino, hasta llegar a otro lugar, donde habían unas cincuenta personas entre hombres y mujeres. Allí pudo apreciar Luis que también había «hombres» aarkones que vivían con mujeres terrestres.

Todos se situaron alrededor del grupo, queriendo saber lo que sucedía, quién era Luis y de dónde venía.

Bernard, hosco, apartó a todos y fue hacia la puerta de una caverna, mientras que elegía a ocho hombres para completar la expedición.

—Vosotros iréis con Still y Morrey —dijo Bernard—. No sé si volveréis o no, pero son órdenes de Renko.

Dentro de la cueva había monos negros, cascos rústicos, muy pesados, con una especie de visera estriada. Cada uno de aquellos hombres eligió un equipo. Luego, de una caja empotrada en el muro, Bernard sacó unos aparatos extraños que entregó a cada hombre. Al entregar el suyo a Luis, dijo:

—Nuestra arma secreta, coronel. A esto llamamos el «látigo de fuego». Presionando esta palanca, verá usted destellos impresionantes delante suyo… ¡Y pobre del que se ponga por delante, sea aarkon o terrestre!

—Qué es esto?

—Energía eléctrica acumulada a varios millones de voltios. La sacudida es fulminante. No aparece ni la ceniza.

—¿Y lo llevan aquí dentro?

—Sí. La descarga se origina en el exterior, a través del polo negativo situado en la línea de enfoque. El alcance de una descarga del látigo es de unos cincuenta metros… ¡Y fustiga todo lo que encuentra por delante!

—Caramba, ¿quién lo inventó?

—Un pobre que ya no volverá jamás a nuestro planeta, llamado Ellis. Murió durante una incursión a una plantación.

—¿Listos? —preguntó Morrey.

—¡Aguardad un momento! El coronel Zamp no se ha vestido aún.

Luis se vistió apresuradamente y salió en pos de los otros, recogiendo al paso una especie de zurrón de piel, que contenía provisiones para varios días.

Luego, el grupo se despidió de sus amigos y emprendió la marcha por una de las galerías.

—Vamos a caminar más de ochenta horas —habló alguien.

Luis sintió que le daba un mareo.

* * *

Fue el viaje más alucinante en la oscuridad que Luis había realizado en toda su vida. La primera parte transcurrió por el itinerario de negras galerías. Pero los guías parecían conocer bien el camino y se alumbraban con pequeñas linternas que no parecían agotarse nunca.

Al fin, salieron al exterior. Caminaron unos minutos y llegaron a orillas de un mar envuelto en brumas y sombras. Still y dos hombres se alejaron, mientras que el resto permanecía oculto en una oquedad, hasta que Luis fue despertado por Morrey, quien le dijo:

—Arriba, coronel. Ya tenemos ahí la lancha.

Todos se habían preparado ya. Avanzaron hacia la orilla y saltaron sobre las rocas, para luego trepar a una curiosa embarcación que parecía ser de plástico y de reducidas dimensiones.

—¿De dónde habéis sacado esto?

—Estaba en el muelle. Taema es un pueblo marinero. Cuando echen de menos la lancha, ya estaremos en Apkuman.

—¿Cómo funciona?

—Por medio de un ingenioso dispositivo de succión. El agua entra por un tubo, se dilata al calentarse en una resistencia y sale con fuerza por el exterior. La reacción impulsa la lancha. Tiene alerones como los antiguos aeroplanos para dirigirla. Ya hemos utilizado estas lanchas anteriormente —explicó Morrey.

Efectivamente, pronto se dio cuenta Luis de la utilidad de la embarcación, al sentirla volar sobre las neblinosas aguas oscuras de aquel mar en calma.

—¿Y si nos sorprende una tempestad? —preguntó, al cabo de un rato.

—Cómo se ve que es usted nuevo en Aarkon, coronel— replicó otro hombre—. Aquí no hay vientos

ni tempestades. Ni siquiera llueve. Los campos los riegan los aarkones con máquinas subterráneas.

—Nadie me había explicado eso —dijo Luis, sonriendo ingenuamente en la oscuridad.

Y, a partir de aquel momento, se guardó de hacer más preguntas. Sabía que estaba en buenas manos. Aquellos hombres conocían perfectamente la misión que se les había encomendado e iban a ella dispuestos a todo, con disciplina y decisión.

Por su parte, Luis hacía planes. Intentaría llegar a la sala magna y sorprender a Ankon II, aunque hubiese de eliminar a toda la guardia. Esto no sería fácil, puesto que las puertas de palacio eran electrónicas y se abrían y cerraban por control remoto.

Claro que utilizarían la noche, para no ser vistos, y tal vez pudieran trepar por los lisos muros de cristal.

No iba a ser fácil, pero tenían que intentarlo todo. Él no era de los que se descorazonaban ante las dificultades. Sabía que lo único que podía perder era la vida, y si fracasaba, ésta le tenía sin cuidado.

A Still y a Morrey también debía inquietarle el mismo pensamiento, puesto que se acercaron a donde estaba sentado Luis, y el primero preguntó:

—¿Sabe usted cómo penetrar en palacio, coronel?

—Muy vagamente.

—Sabemos que está muy vigilado.

—Sí. Y de noche, mucho más —replicó Luis—. Estoy pensando en ello. Subir por las paredes no será fácil.

—¿Por qué no nos dejamos apresar alguno de nosotros? —preguntó Morrey—. Nos desarmarán y seremos llevados a presencia de Evemea, como mínimo.

—¿Y qué podemos hacer, en ese caso? —preguntó Luis.

—No lo sé. Tal vez usted…

Luis Zamp no replicó. Si se presenta allí, ataviado con aquellas ropas, la guardia lo desarmaría en el acto y lo encerraría. Tal vez ni siquiera viese a Ankon II, aunque ¿de qué podía servirle ver al monarca? Y, por otro lado, ¿qué podía él hacer sin la ayuda de sus nuevos compañeros?

—Debe haber algún modo de penetrar en palacio. Si nos acercamos en las primeras horas de la noche, cuando la luz sale del interior a través de los muros, tal vez podamos ver alguna ventana, puerta poco defendida o poterna. Aquel palacio es muy complejo.

—Bien. Confiemos en hallar algo y seamos capaces de encontrarlo antes de que nos descubran. Debe existir alguna especie de radar para intrusos.

—Es posible —admitió Luis—. Pero una operación como ésta, sin riesgos, es una utopía. Debemos exponer algo.

—¿Algo? —ironizó Still—. Lo estamos exponiendo todo, coronel.

—¿Les preocupa mucho eso?

—¡Oh, no; desde luego que no! —exclamó Morrey —. Iremos con usted hasta donde sea.

Llegaron hasta las cercanías de Apkuman,

abandonaron la embarcación cuando clareaba el día y se ocultaron en un bosquecillo de extraña vegetación, donde se taparon con ramajes, disponiéndose a descansar.

Still y Morrey se cuidaron de la vigilancia durante las largas horas del día, mientras los otros descansaban. Y un día en Arkon tenía casi veinte horas más que en la Tierra.

* * *

De noche, el palacio de Cristal Prosado brillaba como un ascua, irradiando luz deliciosa y sugestiva.

Los incursores debieren cruzar la ciudad dormida, ocultándose como pudieron, aunque en dos ocasiones fue preciso emplear sus armas silenciosas, paralizando a dos individuos que les descubrieron de improviso. Si alguno de aquellos aarkones daba la alarma, todo se habría perdido.

De esta suerte, pudieron llegar a la gran explanada amarilla que rodeaba los elevados terrenos del palacio y arrastrarse lentamente hasta alcanzar uno de los jardines de la parte lateral.

En aquel instante empezaban a eclipsarse las luces del interior del palacio, aunque en el primer piso, precisamente donde estaba la Sala Magna, la luz no se apagó. Pero llegar hasta allí era imposible, como pudo comprobar el propio Luis, al ver el cordón de guardias que obstruía el paso.

Mientras estaban tendidos entre los matorrales, frente a la barrera de vigilantes, Still y Luis cambiaron impresiones.

—¿Y si les disparamos los «látigos»?

— Estoy seguro de que lo fundiríamos todo, incluso los muros del palacio. Una descarga de éstas es peligrosa.

—¿Por qué dijo Renko que debíamos llevarlos?

—Por si acaso. Esto va bien para destruir ejércitos enteros o gran número de gentes, en terreno despejado. Ahora que una descarga en sentido longitudinal, pillando a esa fila de guardianes…

—Armaría mucho ruido —dijo Luis—. Lo mejor será que alguien retroceda hacia la ciudad y elija una de esas mansiones sostenidas por pilares. Una buena descarga eléctrica, con luz y estruendo, atraerá la guardia hacia allá.

—¡Caramba, coronel; no se me había ocurrido! ¡Provocaremos una distracción y aprovecharemos la confusión que se arme!

—Pues andando, Still. Envía a alguien.

Still retrocedió, y pronto, un individuo llamado Jeeves partía hacia los primeros edificios de la ciudad, mientras los otros, entre los que estaba Luis, se introducían en uno de los estanques, sin ruido, para ocultarse bajo las aguas, como refugio ideal y momentáneo cuando se produjera la estampida de la guardia exterior de palacio, si es que se producía, cosa en la que Luis no tenía aún plena confianza.

Pero las cosas, aunque rodaron de otra forma,

también favorecieron a los intrusos terrestres.

Poco después, Jeeves provocaba, con su «látigo de fuego» un aparatoso estruendo que sacudió a buena parte de la ciudad. La guardia de palacio vio las luces fugaces y dantescas y el griterío fue espantoso… ¡Pero ningún miembro de la guardia real abandonó su puesto!

Se encendieron luces, se abrieron puertas y ventanas y hasta se abrió la de la Sala Magna, aparecieron Ankon II. Luis pudo verlo fugazmente desde el borde del estanque. Lo que no pudo oír fue las órdenes que gritó, dado al estruendo reinante.

Minutos después, se abría una de las puertas del palacio y salían varios vehículos rápidos, de forma extraña, que partieron como flechas hacia la ciudad.

Y Luis observó que la puerta no se cerraba, como si fueran a salir más guardias móviles.

—Podemos entrar por aquella puerta —al oído de Still—. Cubridme con las armas cortas. Disparad en abanico, abatid a la guardia y yo haré el resto.

Still transmitió las órdenes y los terrestres se prepararon para el ataque simultáneo. En aquel momento, cerca de la población se produjo otro estallido de altísimo voltaje. Jeeves debió verse sorprendido y utilizaba desesperadamente el «látigo».

Pero la guardia que custodiaba las proximidades de la puerta no contaba con un ataque tan próximo.

Y casi todos cayeron fulminados por la descarga de las armas paralizantes, en el mismo momento en que Luis, Morrey y Still salían a la carrera, libres del

peso de sus máquinas infernales y macutos.

Antes de que el resto de la guardia pudiera reaccionar, los tres hombres llegaban a la entrada abierta a una especie de garaje, donde más de veinte guardias plateados montaban en un vehículo oruga.

La acción de los atacantes fue simultánea sin previo aviso. Pero la guardia también se defendió, porque un rayo desintegrante alcanzó a Morrey, segándole parte del costado y haciéndole caer sin vida al suelo.

Still saltó hacia una puerta lateral, mientras que Luis se arrojaba al suelo, rodando rápidamente sobre sí mismo, hasta llegar a un parapeto de cristal de roca, tras el que saltó. Sabía que un pasillo comunicaba con el vestíbulo.

En aquel mismo instante se cerraba la puerta del jardín estruendosamente y una especie de agudo pitido invadía todo el palacio.

Luis no perdió tiempo. Voló prácticamente hacia el vestíbulo, pero al ir a desembocar en él, encontró su camino obstruido por varios soldados de la guardia, que acudían con sus extrañas armas, exactamente iguales a la que ahora llevaba Luis, y cuyo manejo le había sido enseñado.

Aquellos seres no reaccionaron a tiempo. Se sorprendieron del aspecto de Luis, vestido de negro y cubierto con un casco que no conocían. Quizás debieron tomarle por algún agente extragaláctico o ser desconocido.

Y la paralización les alcanzó antes de poder reac-

cionar y cayeron cómicamente al suelo.

La suerte de Luis estribó en que, al desembocar en el vestíbulo, no había allí nadie más de guardia Pero oyó gritos procedentes del pasillo elegido por Still, cuya arma debía estar funcionando incansablemente.

Luis no esperó a saber si su compañero era eliminado o no. Cruzó a la carrera el vestíbulo, hacia la escalera. En la galería circular del primer piso vio correr a varios nobles, que por suerte no iban armados, en dirección al pasillo en donde Luis viera por vez primera a Ankon II.

Pero él quería alcanzar la Sala Magna, donde sabía que se encontraba Ankon II. Sin embargo, cuando llegó a la galería circular, un personaje ataviado con un largo ropón se interpuso en su camino, saliendo de una pequeña puerta, disimulada en el muro.

Era Evemea, el Gran Chambelán, y sostenía un extraño artefacto en la mano, del cual surgió una bocanada de humo, que amenazaba con envolver a Luis. Pero éste lo esquivó velozmente, sorteo, el humo, cuyos efectos desconocía, y atacó a Evemea, embistiéndola en un impresionante salto, que terminó con su pie en el rostro del Gran Chambelán.

El hermafrodita emitió un alarido y cayó de rodillas, en el mismo instante en que volvía a surgir del arma otra bocanada de humo gris y viviente, quizás disparada por él mismo. Y el humo envolvió rápidamente a Evemea, quien aulló aún más fuerte, retorciéndose en medio de la pequeña nube gris.

Luis Zamp, que había saltado sobre el Gran Chambelán, después de golpearle en el rostro, se volvió a tiempo de ver lo que estaba sucediendo. Y el horror estuvo a punto de paralizarle.

¡El humo gris, agitándose como si tuviera vida, estaba devorando a su víctima, lo envolvía ya de pies a cabeza, se agitaba y contraía a la vez que Evemea, cuyos gritos de angustia eran cada vez más débiles!

Luego, el humo y Evemea se convirtieron en una pequeña nube a ras del suelo. Fue entonces cuando Luis vio acercarse a un pelotón de la guardia.

Y al volverse, para retroceder, vio a otro grupo que cruzaba el vestíbulo, hacia la escalera, para cortarle la retirada. Dedujo que su compañero Still habría sido eliminado.

Luis sólo tenía una escapatoria: la puerta disimulada en el muro rosado, por donde había salido Evemea. Y hacia ella saltó, esquivando la nube devoradora.

Apenas hubo entrado en el reducido espacio de una escalera en espiral y cerrado la puerta, la guardia disparó sus armas paralizantes contra el lugar donde se encontraba hacía un instante.

A través de los muros de cristal rosado, Luis pudo ver la escalera y trepó por ella, hasta desembocar en un angosto pasillo, por el que avanzó. Aquel pasaje debía ser secreto y sólo conocido por Evemea.

Al final se dividía en dos brazos. Pero desorientado ya como estaba. Luis no podía precisar en qué

parte del palacio se encontraba. Por esto, tomó el pasillo de la derecha.

Y terminó por desembocar en una especie de rotonda, en el centro de la cual había como un círculo de metal y, a un lado, una máquina extraña y una palanca.

CAPÍTULO X

Ankon II se encontraba en la Sala Magna, frente a los controles que los sabios le habían enseñado a manejar. En aquel instante utilizaba una extraña clase de televisión personal, en cuya pantalla aparecía el bello semblante del «Awwa» Ceeo. En su lenguaje a distancia, ambos debían utilizar la palabra. Era muy difícil transmitir el pensamiento a través de las ondas.

—Desde luego, ya debíamos saber algo —estaba diciendo Ceeo—. Y no ha vuelto.

—¡Algo terrible ha ocurrido, Ceeo! —contestó Ankon II—. Hemos sido atacados. Han destruido un gran edificio de la ciudad, posiblemente para atraer allí a mi guardia.

—¿Quiénes eran, majestad?

—¿Quién puede ser? Los únicos enemigos que tenemos…

—¡Pero Renko Dexer no ha podido salir a través de nuestras líneas!

—Pues habrán salido antes de llegar vosotros o bien han utilizado algún paso subterráneo. El caso es que están aquí. Me han informado mis oficiales que

visten de negro y llevan un casco que les protege las cabezas y los ojos, con gafas provistas de ranuras, posiblemente para librarse de nuestra telepatía mortal.

—¿Qué hago, pues? —preguntó el «Awwa» Ceeo.

—Creo que debes regresar inmediatamente. Retira la mitad de tus fuerzas. Temo que este ataque puede desencadenar un levantamiento general.

—¡Qué tonterías dice, Majestad! Salvo algunas excepciones, ningún aarkon se rebelaría contra vos. Los que están con Renko Dexer son renegados.

Otra llamada, ésta interior, hizo que Ankon II dejase de hablar con el «Awwa» Ceeo, para contestarla. En otra pantalla, apareció el rostro de un oficial noble, de la guardia.

—Majestad, hay un hombre, un terrestre, dentro del palacio. Se ha refugiado en una puerta secreta, cuya existencia desconocemos.

—¿Cómo, Aergo? ¿De qué puerta secreta hablas? —gritó el soberano de Aarkon.

—Una que hay en el muro de la galería superior. Por allí aseguran mis guardias que salió el Gran Chambelán, pero el intruso lo mató. Hemos visto cómo una nube gris destruía su cuerpo.

—¡El gas mortífero de Evemea! ¿Y dices que el intruso se ha ocultado detrás de una puerta secre…?

Ankon II se volvió en aquel instante, quedando aterrado al ver detrás suyo a Luis Zamp, quien parecía haberse materializado en el centro de la Sala Magna.

—¿Cómo…?

—Hola, Ankon II —contestó Luis, avanzando con su paralizante preparado—. Os ruego que no hagáis ningún movimiento, Majestad.

—¡El coronel Zamp! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Luis sólo mostraba la nariz, la boca y la barbilla. Sonrió y dijo:

—Me he perdido, Majestad. Me metí en un pasillo y encontré una máquina. Entonces recordé algo que ocurrió el otro día, al veros aparecer en este mismo sitio. Y se me ocurrió empujar la palanca. Un buen procedimiento de ascensor antigravitacional. En la Tierra se utiliza este truco en los teatros para hacer salir o entrar en escena a los actores… ¡Zas!… Desaparece uno y aparece en otra parte…, ¡Aquí!

Mientras hablaba, Luis se había acercado a Ankon II, apuntándole al rostro con el paralizador de caja. Pero, bruscamente, agarró a Ankon II por la muñeca, le hizo levantarse y volverse de espaldas, mientras le retorcía el brazo.

—¡Cuidado con tratar de paralizar mi cerebro, muñeco! No conseguiste hipnotizarme del todo, ni voy a permitir ahora que utilices tus trucos conmigo.

—¡Suéltame, salvaje! ¡Me haces daño! ¡Guardia, matad a este aborrecido terrestre!

El oficial noble Aergo había presenciado la escena a través de la pantalla de comunicación interior. Pero no podía hacer nada. La Sala Magna estaba cerrada por dentro, dado que estaba allí el monarca.

—No te molestes en gritar, Ankon II —dijo Luis —. Si tu guardia me ataca, antes de rendirme te romperé el cuello y morirás conmigo.

Ankon II dejo de debatirse al escuchar estas palabras.

—¿Qué… qué te propones, coronel Zamp?

—Algo muy sencillo. No dejarme engañar más. Ahora se hará lo que yo diga y no habrá en Aarkon más autoridad que la mía. Si te conviene, bien. Sino, ya lo sabes.

—No conseguirás, nada matándome… Evemea elegirá otro rey.

—¡Evemea está muerto! —contestó Luis secamente—. Me atacó con un gas y él fue su propia víctima. Además, tengo más hombres en el jardín. Llevan armas extraordinarias, capaces de aniquilar todo este palacio, como han hecho con uno de los edificios de la ciudad.

Ankon II comprendió que estaba vencido.

—Por favor, coronel Zamp… Podemos pactar.

—¡No pactaré con nadie! Yo vine aquí dispuesto a morir y no tengo miedo a la muerte. Pero, si yo muero, tú morirás conmigo y se habrá acabado tu reinado. Sin nadie que gobierne, las naves terrestres se adueñarán de este planeta y os impondrán la ley de los vencedores.

—Mis súbditos lucharán hasta el fin…

—¡Y su fin será breve! En cambio, yo vine a ofrecerte la paz y la amistad y todavía lo mantengo.

—¡Acepto! —casi gritó Ankon II.

—No tienes más remedio que aceptar, Majestad —replicó Luis—. Y te lo voy a demostrar. Vendrás conmigo a la Tierra, en mi nave.

—Haré lo que tú me digas, coronel Zamp.

—Desde luego que sí. Ahora mismo vas a empezar a dar órdenes… La guardia se retirará… Mis compañeros entrarán en palacio y ocuparán los puestos estratégicos.

A la vez que decía esto, Luis presionó el brazo de Ankon II, haciéndole soltar un grito.

— Sí, sí… ¡Pero suéltame!

* * *

La situación cambió totalmente cuando, por orden de Ankon II, la guardia entregó sus armas a los hombres de Renko Dexer, quienes penetraron inmediatamente en palacio y ocuparon los puntos estratégicos. Obligaron a la guardia a penetrar inmediatamente en palacio y ocuparon los puntos estratégicos. Obligaron a la guardia a penetrar en los recintos subterráneos, donde quedó encerrada.

También pidieron una «planeadora» para poder trasladarse rápidamente a Kiolko. Antes, Luis Zamp reunió a un grupo de nobles, en presencia de Ankon II.

—Muy nobles señores de Aarkon —empezó diciendo Luis—. Vuestro soberano ha intentado engañarnos y su mentira se ha vuelto contra él. Aquí le

tenéis, avergonzado y tembloroso. Sabe que somos capaces de matarle y nos teme, aunque somos pocos.

»Pero yo no soy como él. Vine en misión de paz y quiero cumplir las órdenes que me dio mi gobierno. Por ello, y como no deseo nuevas traiciones, Ankon II vendrá conmigo a la Tierra, para entrevistarse con mi gobierno.

»Yo os doy mi palabra de honor de que ningún daño se le hará a vuestro soberano. Irá y volverá, y la paz se habrá establecido entre nosotros. También serán liberados los prisioneros terrestres que tenéis en las galerías subterráneas. Si es justo que se les castigue, lo harán nuestras autoridades.

»En el supuesto que alguien intente impedirnos salir de aquí y regresar a mi planeta, vuestro soberano morirá. De modo que volved a vuestros palacios y aguardad. En ausencia de Ankon II, el «Awwa» Ceeo gobernará entre vosotros.

—¿Dónde está el «Awwa» Ceeo? —preguntó alguien.

—Le hemos dado órdenes para que se dirija a Kiolko. Allí le veremos y le daremos instrucciones antes de emprender viaje a la Tierra —contestó Ankon II.

Los nobles callaron y empezaron a salir del palacio, donde nada tenían ya que hacer.

Antes del alba, llegó la «planeadora», y Ankon II, con dos sirvientes, escoltados por Luis y los hombres de Renko, subieron a bordo, para despegar y dirigirse a Kiolko.

Previamente, se habían enviado mensajes a distintos lugares de Aarkon. Y uno muy particular al «Awwa» Ceeo, donde las palabras de Ankon II habían sido claras:

—Irá usted en busca de Renko Dexer y su familia, Ceeo. Ese terrestre está enfermo y desea morir en su mundo.

—¿Dónde está?

—El coronel Zamp se lo va a decir. Pero por ningún concepto tomará usted represalias en él o en cualquiera de sus amigos. Si no tiene suficiente con una «planeadora», utilice dos para trasladar a todos esos hombres hasta el espaciódromo de Kiolko.

—Sí, Majestad —había contestado Ceeo súbitamente.

Y, gracias a estas órdenes, cuando llegaron a Kiolko, horas más tarde y tomaron tierra cerca de un enorme hangar metálico, Luis Zamp pudo saltar al suelo y correr hacia Alicia Dowan, que salió de un edificio al verle, y corrió también hacia él.

Ankon II descendió después, muy dignamente, escoltado por los hombres de Renko.

—¡Luis, amor mío! ¡No puedo creerlo! ¡Nos dijeron que no nos veríamos más!

—Alicia… ¡Claro que nos estamos viendo! Y ya ha terminado todo. ¿Dónde está nuestra astronave?

—En ese hangar. La están preparando para el despegue.

—No tenemos tiempo que perder… ¡Heinz, conduce a Su Majestad a mi propia cabina de la «Zeus»!

¡Te hago responsable de su seguridad!

—Sí, señor.

Las órdenes enviadas por Ankon II al espaciódromo de Kiolko habían sido ejecutadas al pie de la letra. Todo el personal «aarkon» se había retirado a la población más próxima, dejando el lugar en manos de los tripulantes terrestres.

Pero había algún «aarkon» del personal técnico en el control de órdenes. Y allí habría de recibir Luis una gran sorpresa, poco después, al ver entrar al oficial de máquinas del «Zeus» acompañado de «Ellel», ¡y ambos agarrados del brazo!

—Coronel Zamp —habló Maxim Dee, antes de que Luis pudiera reaccionar de su sorpresa—, vengo a pedirle permiso para que Ekrama regrese conmigo a la Tierra.

—Permiso denegado, Maxim. La nave no tiene capacidad para tanta gente. Debo llevar a Renko Dexer y a su familia, además del soberano Ankon II y sus siervos. ¿Qué locura es ésta?

—Nos queremos, coronel —dijo Ekrama.

—¡Al fin te has decidido a ser mujer, Ekrama!

—Sí. No podría ser varón. Y Maxim me gusta.

—Estoy enterado de todo. Alicia Dowam me lo ha explicado. No hay dificultad alguna —añadió Maxim.

—Si quieres casarte con Ekrama, acatarás nuestras leyes. Y te quedarás aquí hasta nuestro regreso.

No sabía a quién elegir para aquí de embajador interino.

—¡Gracias, coronel! —gritó Maxim—. Mis subalternos pueden realizar mi trabajo a bordo.

—Muy bien. Asunto concluido, Maxim, Despegaremos en cuanto llegue el «Awwa» Ceeo con Renko Dexer. Debe estar todo preparado y la astronave en su rampa.

—Gracias, coronel —añadió Ekrama—. Ahora sé que podemos confiar en vosotros.

—Aguarda, Ekrama. Debo decirte algo a solas… Ve a lo que te he dicho, Maxim.

El oficial de máquinas abandonó el control de órdenes del espaciódromo, y Luis tomó a Ekrama por el brazo.

—Tendrás que someterte a un juicio. Ekrama.

—¿Juicio? ¿Por qué?

—Mataste a cinco terrestres.

—Obedecía órdenes de mi soberano. No podía negarme. En todo caso, el responsable es Ankon II.

—Puede que tengas razón, Ekrama. Ya arreglaremos eso. Por ese motivo prefiero que te quedes aquí hasta nuestro regreso. Para entonces, puede que las cosas se hayan suavizado.

—¿Le ocurrirá algo a nuestro rey?

—Nada, Ekrama. Te doy mi palabra de honor.

—Sé que puedo confiar en usted, coronel… ¡Y le deseo mucha felicidad con la doctora Dowan!

—Gracias, Ekrama.

* * *

La «planeadora del «Awwa» Ceeo llegó al anochecer. Con él venían Renko Dexer, que era transportado en parihuelas; su esposa Kreva, con un bebé en brazos y otro niño de la mano.

Luis Zamp les saludó, antes de subir a la astronave «Zeus», ya dispuesta en su rampa de lanzamiento.

—Sabía que podía confiar en usted, coronel Zamp —dijo Kreva, la esposa de Renko.

—Y puede que su marido se salve, Kreva. En la Tierra tenemos médicos excepcionales.

—Espero que así sea, señor.

El «Awwa» Ceeo, muy cariacontecido, también se acercó a donde se encontraba Luis, acompañado de Alicia.

—Coronel Zamp, a sus órdenes —dijo sumisamente el magistrado del rey en Kiolko.

—Ha hecho usted muy bien en obedecer las órdenes de su soberano.

—Nadie en Aarkon desobedecería al rey… Ni yo tampoco. Sólo le pido a usted que proteja a Ankon II. Si le sucediera algo, la guerra entre nuestros mundos sólo podría ser exterminadora.

—No habrá guerra, amigo mío. Le doy mi palabra.

—A veces, los propósitos de un hombre se tuercen por culpa de otros hombres.

Ante estas sabias palabras del noble Ceeo, Luis replicó con dignidad.

—Si Ankon II recibe daño de mi gobierno y esta-

lla la guerra entre nuestros mundos, le aseguro que pelearé junto al pueblo aarkon.

—Es usted muy noble y muy leal, coronel Zamp. Me honro con haberle conocido. Espero volver a verlo pronto en Apkuman.

—Nos veremos, noble Ceeo.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Antes de subir por la rampa a la nave, Luis saludó a iodos los que se quedaban en el planeta, terrestres y aarkones:

—Nuestras razas pueden fundirse en beneficio de todos. Elegid vuestro sexo, seres de Aarkon. Tened hijos y creced. Nuestros mundos serán pronto uno solo. Podréis ir a la Tierra y vivir con nosotros, como nosotros hemos venido aquí a vivir con vosotros.

—¡Viva la Tierra! —gritaron muchos aarkones.

—¡Viva Aarkon! —contestaron los terrestres.

Poco después, retirados todos los obstáculos y libre ya, la astronave Z-B-Y-15 iniciaba su regreso al mundo de origen, llevando en su interior a un monarca asustado aún, pero dispuesto enteramente a cumplir sus compromisos.

Y así se lo manifestó, una vez en el espacio, al coronel Zamp.

—No me volveré atrás, coronel —dijo Ankon II—. Estoy convencido, por muchos motivos de que, pese a nuestra aparente superioridad, ustedes son mejores que nosotros… ¡Y lo han demostrado!

—No somos ni mejor ni peor. Somos casi iguales… Y pronto seremos exactamente iguales. Nada se opone a nuestras relaciones amistosas.

—Me habría gustado ser mujer para que fueses mi esposo, coronel —añadió Ankon II.

—Lo siento —intervino Alicia—. Habéis llegado tarde, majestad. Luis me pertenece.

F I N